

6509  
75  
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

---

# HUERTO CERRADO

HORTUS CONCLUSUS *soror mea*  
*sponsa, fons signatus. Emisio-*  
*nes tue paradisus.*

(Canticum Canticorum.)

---

MONTEVIDEO

DORNALECHE Y REYES, IMPRESORES

Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79

1900

Nº 9.  
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

---

# HUERTO CERRADO

HORTUS CONCLUSUS soror mea  
sponsa, fons signatus. Emisio-  
nes tuæ paradisus.

(Canticum Canticorum.)

BIBLIOTECA

NACIONAL

DONACION MELIAN LAFINUR

52.886

MONTEVIDEO

DORNALECHE Y REYES, IMPRESORES

Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79

1900

81.487

PERILLUSTRI  
MARIANO SOLER  
HUIJUS MONTISVIDEANÆ ALMÆ ECCLESİÆ  
DECORI  
EJUSQUE PRIMO ARCHIEPISCOPO

---

HIC AMES DICI PATER ATQUE PRINCEPS

J. Z. DE S. M.

## PROPÓSITO

---

*Monseñor Soler, mi venerable prelado, al emprender su último viaje á Roma, con el fin de asistir al Concilio Latino-Americano, me insinuó el deseo de que escribiera un artículo de periódico, para estimular los trabajos de recolección de fondos destinados al Santuario HORTUS CONCLUSUS, que construye en Palestina, y que dejaba confiados al celo y al entusiasmo populares. Él sabía que su empresa me era muy simpática, por ser hermosa y por ser suya.*

*Recogidos que tuve algunos materiales para el artículo, y puesta mano á la obra, ésta me resultó más extensa de lo que había sido mi propósito, y en poco estuvo que*



*no desistiera de ella, según la ví diferente de mi primer intento.*

*Seducido por el tema, encontré, sin embargo, mal de mi grado, en mi espíritu, este pequeño libro, con el que desearía cooperar á la empresa de mi insigne prelado, cuya grandexa me seduce y encanta.*

*Lo doy con ese objeto á la prensa, y me aventuro á dedicárselo.*

*Mas yo desearía que estas páginas sirvieran, más aun que para cooperar á la obra del Santuario Uruguayo- Argentino en Tierra Santa, para publicar mi buen deseo de complacer al que es para mí el representante de Jesucristo en la tierra, y darle ostensible y no indigno testimonio de mi obediencia, de mi admiración y de mi amor.*

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

*Montevideo, 19 de Abril de 1900.*

I

EN TIERRA SANTA

---

## TIERRA DE PALESTINA

### I

¡Misteriosa tierra de Palestina!

Miremos un momento con intensidad ese pedazo de nuestro globo.

Sobre el flanco occidental del Hermón, en el extremo meridional del Ante-Líbano, comienza un valle que no tiene parecido con valle alguno en la tierra: tiene algo de panorama sideral, del paisaje de una vieja estrella que se ha apagado. Es un desgarrón del suelo, producido por las acciones volcánicas, y en cuyo fondo corre, de un extremo á otro, el río sagrado: el Jor-

dán. Un pequeño lago, el de Merom, se forma cerca de las fuentes del río; otro más abajo, el de Genezaret, refleja en sus aguas un cielo gris; cae por fin el río en otro lago mayor: el Mar Muerto, el de las tristes y desoladas riberas. Aquí el valle se cierra, y el terreno, que comienza á levantarse, va á terminar en las áridas orillas del Mar Rojo.

La naturaleza, en ambas márgenes del río, es varia; pero siempre severa, y muy fría de color. Al Este, el terreno se eleva como una muralla cortada á pico sobre el Jordán, y coronada por una meseta de ligeras ondulaciones; al Oeste se extiende una serie de colinas cubiertas de pobre vegetación; alguna que otra montaña, como enorme pedestal vacío, se eleva solitaria en la llanura; las dunas, alternadas con los pantanos, determinan las costas del mar; algunos llanos poblados de man-

chones de bosque, y regados por ríos que corren entre pálidos cañaverales, se extienden entre el mar y la montaña; ésta es verde en ciertos sitios, plumiza y calva en general; los valles son secos y abrasados, y van á confundirse con el desierto que, por todas partes, limita la misteriosa región.

Tal es el carácter de la tierra de Palestina. Los cedros y los cipreses que, como negros obeliscos, crecen en las montañas; las palmeras que, de vez en cuando, se elevan entre las redondas copas oscuras de los olivos dispersos; los nogales, los sicomoros y los limoneros que, aquí y allá, manchan de verdor la tierra bermeja, son notas aisladas que apenas si consiguen borrar el sello de solemne melancolía con que sonríen hasta las rosas del campo y los lirios convalecientes del valle.



## II

Dejemos las costas de Palestina, y atravesemos el mar entre las islas. Miraremos esa otra región que se nos presenta: es la Grecia, madre del arte. Taine, para explicar el arte griego, de acuerdo con su doctrina de la influencia del medio sobre el hombre, mira ese pedazo de tierra, y reconoce en él la patria predestinada al culto de los sentidos, al de las formas inmortales. Es una pequeña comarca de perfiles y costas onduladas, y llena de transparentes sugerencias: tiene un mar que la circunda, lustroso y azul como una túnica de seda; montañas de líneas esculturales que se reclinan en sus horizontes celestes; islas de mármol que parecen constelaciones del Egeo; valles pequeños, y fuentes ruidosas, y

bosquecillos propicios á ser habitados por los dioses que no existieron, pero que tañían flautas invisibles en el silencio nemoroso. «Dulce y clemente, decía Eurípides, es nuestra atmósfera; para nosotros no tiene rigor el frío del invierno, ni nos hieren los rayos de Febo. ¡Oh nosotros, descendientes de Erectro, felices desde la antigüedad, hijos queridos de los dioses!»

En el éter resplandeciente de aquel cielo, las nueve musas, que no fueron jamás, como dice Racine, nutrían la blanda Hármonía, y fueron las divinidades, coronadas de mirtos, las que dieron ondulaciones á los montes, y eran ellas las que suspiraban para formar los céfiros frescos.

En la Grecia está el monte Olimpo que poblaron los dioses: Júpiter el adúltero, Mercurio el ladrón, Hércules el animal fuerte, Baco el borracho, Vulcano el cojo. Allí el mar, color de

vino ó de violetas, según la frase de Homero, hace brotar de su espuma á la impúdica Venus afrodita que llevan los tritones en su cerúleo carro de nácar; allí los faunos ebrios, con racimos de uvas en las manos, danzan en los bosques sagrados, mezclados á las bacantes coronadas de pámpanos.

Pero esos frutos del desposorio de los sentidos con la tierra no cruzaban jamás el mar Egeo; el ambiente de Palestina, aún en las pasadas épocas de fertilidad, no era propicio á semejantes habitantes; la fábula no vivía en los bosques de olivos seculares ó de terebintos; los cedros del Líbano y los palmares de Sión no podían dar sombra grata á las bacantes ebrias: era fría la sangre transparente de los lirios del valle, y sagrado el aliento perfumado de las rosas de Jericó. Las

ninfas y las ondinas no hubieran podido bañarse en el mar de Tiberíades, sin morir de frío en los huesos; los faunos de largas orejas no hubieran sido osados á enturbiar con sus patas de cabra las aguas del Jordán; Júpiter no hubiera ido ciertamente á encender sus rayos en el Sinaí, ni á congregar su séquito en el Thabor . . . y ¡ay del dios que hubiera dirigido una sola mirada á la solitaria colina del Calvario!

La Grecia fué la casa solariega, la comarca del arte, es decir, de la forma voluptuosa hecha inmortal, de la carne hecha Dios.

La Palestina fué la región predestinada á lo sòbrenatural, á lo que no alcanzan los sentidos: la comarca del Verbo, la de Dios hecho carne.

Por eso el pueblo escogido llevado



por Moisés á poblar aquella comarca no fué un pueblo artista, aunque era oriental; no modeló las estatuas desnudas que inmortalizaron los nombres de Phidias y Praxíteles, y las escuelas de Pérgamo ó de Rhodas; no creó una línea arquitectónica como los dorios, los jonios ó los artistas de Corinto; la historia del arte no nos habla de una arquitectura judía. Asiria, Persia, Egipto, Grecia, dieron á los hebreos sus líneas y sus artífices; Tirol, Fenicia, Ofir, les proporcionaron obreros y materiales de construcción. Con ellos edificó Salomón el templo de columnas torsas y chapiteles en forma de azucena consagrado á Jehovah, el templo-símbolo destruído para siempre y convertido en recuerdo; y todos los esplendores del reinado de aquel príncipe suntuoso fueron de estilo y de importación orientales.



## III

Un arte, sin embargo, el arte soberano, floreció, por manera peregrina, en aquella tierra y entre aquella raza: la poesía sobrehumana que forma el monumento de los libros sagrados. Jamás la humanidad había escuchado nada que asemejarse pudiera á la voz de Moisés; jamás el corazón del hombre, al desgarrarse, había dejado escapar, del fondo de la grieta abierta en él por el dolor, nada que se pareciera al quejido subterráneo de Job, ni al treno elegíaco de Jeremías, largos y lúgubres como aullidos entre las ruinas á la luz de la luna.

El hombre no sabe narrar como narra el Génesis, cuyas palabras, como ráfagas de viento, producen escalofríos, y cuyos verbos afilados cortan ó des-

garran los velos del misterio inaudito; jamás la boca humana clamó á Dios misericordia como David en el salmo tembloroso, ni la inspiración genial produjo un acorde que compararse pueda al libro profético de Isaías, el más excelso, al decir de Blair, de todos los poetas líricos. La poesía profana, que alcanzó en Homero su más sublime ingenuidad, palidece ante los versos idílicos del libro de Ruth, la dulce moabita; la humanidad verá eternamente, en el libro de Tobías, la suprema belleza del poema del amor sagrado y de las purezas nupciales; y, como piedra de toque para conocer el grado de delicadeza de una alma, existirán siempre las estrofas aromatizadas del Cantar de los Cantares.

¿Cómo explicar esa grandeza de la poesía hebrea, al lado de la carencia ab-

soluta de las artes del dibujo, en aquella tierra y entre aquella raza?

Es que aquella poesía no era tampoco un arte; no era la hija de la tierra, de la raza, ni del momento histórico; no era, como lo es el arte en general, la hija de la sensibilidad excitada que transmite, por imitación ó simpatía, la pasión, con la vibración orgánica que la produce; era la voz directa del cielo, que tomaba forma en la suprema belleza de la tierra. El porvenir misterioso se reflejaba en el alma del profeta, como la nube sobre el mar, y proyectaba en ella cielos de tempestad ó cielos azules, visiones pavorosas que animaban la lamentación, ó apariciones celestiales que palpitaban en el poema idílico, ó en el dulce canto nupcial.

Y el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas, dice el Génesis.

Era el espíritu de Dios el que an-

daba por aquella hondonada de Palestina; el que se hundía en las almas de los hombres elegidos; el que quemaba con el ascua ardiente los labios del profeta para purificarlos, ó el que sacudía, con soplos de huracán, las cuerdas trémulas del arpa real.

Todas las palabras son alientos de vida en la poesía hebraica, todas son sagradas y proféticas. La historia de aquel pueblo era un constante vaticinio: el hombre y la naturaleza eran, en aquella tierra atónita, voces que anunciaban, símbolos que predecían. Todo anunciaba y prefiguraba al Mesías que debía de venir, al esperado de las naciones, que había de brotar de la rama de Jesé y de la real estirpe de David.



## LA VIRGEN MADRE

### I

Vino, por fin, el anunciado y prefigurado por los profetas. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Peró el Dios hecho carne no fué ni podía ser el hijo de la carne, la materia divinizada, como los dioses falsos del paganismo sensual. Fué y tenía que ser precisamente todo lo contrario. No es el hombre quien lo engendra: es el Espíritu el que lo evoca, y lo hace brotar del misterio, en la obscuridad de un materno claustro virgen.



Existió, pues, sobre la tierra, en toda su realidad, una belleza, que no pudo ser imaginada: una Virgen Madre de Dios. Es un abismo de transparencia azul, un nuevo cielo, formado de la nada para encender en él astros nuevos.

¡El Espíritu! ¡La Virginidad! ¡El Verbo! Esas palabras suenan en el oído humano de una manera casi pavorosa. Apenas si pueden escucharse, por temor á pretender penetrarlas, hundirse en el abismo, y caer en la mirada del vértigo. Se siente una verdad y una belleza; pero tan enormes, que dilatan los ojos del alma humana hasta el pánico, y acaban por hacerlos cerrar hasta el sueño extático.

Puede existir, dice Santo Tomás, una criatura tan pura, que sea imposible concebir cosa alguna más pura entre las obras del Creador. Eso fué y tuvo que ser la mujer de cuya carne y san-

gre, unidas al Espíritu Divino, había de formarse el cuerpo de Dios.

Sólo en una virgen hubiera podido realizarse esa compenetración de lo infinito y lo limitado, de Dios y la criatura. Bossuet explica ingeniosamente esa atracción recíproca. Los espíritus y los cuerpos: he ahí los dos extremos opuestos. La virginidad: he ahí el medio que participa del uno y del otro. La virginidad está en la carne, dice San Agustín, y, por ese lado, pertenece á los hombres; pero ella tiene, en la carne, algo que no es de la carne, y, por ahí, toca á los ángeles. Es, pues, un intermedio entre los espíritus y los cuerpos; es una perfección de los hombres; pero es una derivación de los ángeles. Y sentado este hermoso supuesto, no me sorprende el que haya sido la santa virginidad la que intervino para unir, en el misterio de la Encarnación, la divinidad á la carne. Había dema-

siada desproporción entre la corrupción de nuestros cuerpos y la belleza inmortal del espíritu puro. Para unir, pues, dos naturalezas tan alejadas la una de la otra, era necesario hallar un medio en que se aproximaran.

Nada es más opuesto que la luz y los cuerpos opacos. La luz, al dar sobre éstos, no puede penetrar en ellos, porque es rechazada por la obscuridad; parece, por el contrario, que los rayos luminosos, al refractarse, huyen de tales cuerpos. Pero si la luz encuentra una substancia diáfana, penetra en ella, se une á ella, se identifica con ella, porque allí encuentra el brillo y la transparencia que se aproximan á su naturaleza, y tienen algo de su claridad.

La Virgen de Nazaret vino y tenía que venir al mundo sin la mancha de

Adán, sin la mordedura de la serpiente, para que en sus entrañas brotase inmaculado, como no podía menos de ser, Jesucristo, el nuevo Adán infinitamente más perfecto que el primero. Era la Virgen Madre el *Paraíso Cerrado*, morada sólo accesible á la Majestad divina, y á cuyas puertas de oro vigilaba en silencio el querubín armado y resplandeciente.

Dios, al crear el mundo, había sembrado y hecho brotar en la tierra otro paraíso: el paraíso perdido; aquel Edén terrenal que el arcángel cerró para siempre con fuego á espaldas del hombre culpado que lo abandonó llorando y desnudo. Lo había creado en la tierra para morada de su criatura predilecta, que fué el pensamiento y la corona del mundo recién nacido. Aquel Edén material debió ser lo más hermoso de la tierra: la nostalgia que de él queda en el hombre es el tipo



de la belleza ideal que el hombre entrevé sin poder definir ni realizar.

Los seis días de la Creación, días largos, días de siglos, que no eran medidos por el sol aun apagado al principio, pues las horas no habían nacido aún, fueron formando, perfeccionando, depurando la tierra, sólo para preparar en ella un sitio que sería la quinta esencia de las bellezas terrenales, y capaz, por su hermosura, de recibir al sér inteligente y libre, y formar el teatro del primer idilio de amor.

Y si así preparó el Eterno el paraíso perdido de la tierra, en que había de brotar, no engendrado, sino evocado por su aliento, el primitivo Adán, ¿cómo no habrá depurado y perfeccionado el Paraíso humano en cuyas entrañas debía brotar y tomar carne y vivir, evocado también por el Espíritu omnipotente, el divino Adán redentor de la humanidad caída?



No puede haber forma sensible capaz de unirse á esa idea; la luz que ella irradia, celeste y sutilísima, no puede encerrarse en la forma de las lámparas humanas. Dios, que preparó durante largos siglos el huerto terrestre del primer Adán, preparó desde los siglos de los siglos el huerto cerrado del Adán divino; desde la eternidad se complacía en su prístina belleza; desde la eternidad era la Virgen de Nazaret, en la mente de Dios, la estrella de la mañana de los mundos, en cuyos reflejos brotaron, como polvo de oro, los arcángeles que nacieron en la infinita transparencia, y flotan entre los astros y Dios.

## II

La belleza de la Virgen Madre tenía que estar prefigurada en las páginas de los libros santos y en la tierra

de Palestina. Hay en aquéllos una arca que, llevando en su seno la vida de la humanidad, sobrenada en las aguas del diluvio, y se posa solitaria sobre los montes de Armenia; hay una escala, vista en sueños por Jacob, que, desde la montaña de Moria, se apoya en el cielo, y da paso por sus peldaños de luz rosada á la muchedumbre angélica que, en blanca procesión de alas sutiles, sube y baja, recorriendo dos veces lo infinito; hay una zarza que arde sin quemarse; hay heroínas misteriosas, Débora, Judith, Esther, que pasan soberanas por los poemas sagrados, como formas transparentes, iluminadas por una luz extraña y profética; y hay en la naturaleza predestinada de Palestina una *Fuente Sellada*, una fuente oculta que riega un pequeño valle; y en el fondo de éste existe un *Huerto* que, fecundado por las aguas de aquella fuente, se llena de flores y frutos, en

medio á una extensa región estéril por lo muerta de sed.

Es el *Huerto Cerrado*, el *Paraíso de Salomón*.

Ese huerto existió y existe aún á dos leguas de Jerusalén, la ciudad fundada por David en la colina pedregosa de Sión; la ciudad blanca de tristes alrededores. Toda esa comarca está formada de rocas basálticas, de macizos plutónicos, y de arcillas infecundas, hijas de la formación caliza cretácea que se extiende hasta las riberas desoladas del Mar Muerto.

La luz del sol que recorre toda aquella región, reverberando en las piedras y en las dunas, y recortando sus largas sombras carminosas sobre fondos de ocre, no consigue hacer brotar, en aquella tierra insensible, una palpitation de vida vegetal, una flor que sonría, un arbusto que se levante á su llamado de luz y de calor; pero pene-

tra en el fondo del vallecito fecundo, regado por la fuente escondida, y allí brota á su contacto un paraíso: se abren allí los azahares de los limoneros silvestres, maduran las naranjas entre las verdes hojas carnosas, se cubre con su chal rojo el granado en flor, se visten los lirios su túnica casi inmaterial de cera transparente, y, sobre los sicomoros ó higueras salvajes, sobre los nogales y los olivos y los cipreses y los cinamomos olorosos, levantan el talle esbelto las musicales palmeras, que suenan remecidas por el viento del desierto.

Es el paraíso cerrado, el paraíso simbólico de la tierra predestinada. Voz del desierto sagrado que profetiza.

Es el reflejo y la figura de la Virgen Madre, en cuyo seno penetraron un día la luz y el calor de la divinidad, hallando allí, y sólo allí, la fecundidad



divina, en medio á la humanidad infecunda por degeneración.

Ella es el arca que, con la nueva vida de la humanidad en el seno, atraviesa el diluvio moral que ahoga las almas, y queda por fin de pie, incólume y solitaria, en la cima de un monte de Palestina; ella, la zarza que, en medio al fuego de las concupiscencias, hijas de la culpa original, permanece intacta; ¿y quién, sino ella, quién, sino ella puede ser el paraíso cerrado por los muros basálticos de la tierra estéril, que da frutos de vida, fecundado sólo por la mirada del cielo azul?

Un espíritu melodioso flotaba sobre aquel huerto que era una predicción; y llegó un día, de eso hace tres mil años, en que aquel espíritu, animando la palabra de un hombre, dió ser á un canto profético, en el fondo de cuyas



estrofas, hondas y transparentes, brilla una luz virginal inconfundible, luz de aurora paradisíaca.

Es uno de los más hermosos monumentos del arte único de la tierra y de la raza predestinadas.

El poeta y el canto son igualmente misteriosos: el poeta fué Salomón el rey, figura extraña, esplendorosa, que pasa por las páginas sagradas envuelta en su manto blanco, como un fantasma indefinible que mira con ojos de luz, ó de fuego, ó de otra vibración que no tiene nombre.

El canto es un idilio purísimo, pero raro también; una égloga que no tiene semejante en las obras de los hombres: se llama el *Cantar de los Cantares*.

## SALOMÓN EL REY

### I

Si leéis en la Biblia el Libro tercero de los *Reyes* ó el segundo de los *Paralipómenos*, os daréis una idea de quién fué Salomón, el rey de Israel; pero el esplendor que envuelve al hijo de David es de tal intensidad, y tal el desenlace de su vida, que la mente se siente deslumbrada: uno cree haber visto un meteoro que, después de atravesar el firmamento absorto, se ha hundido ó ha estallado, tragado por el aire negro infinito. Dos veces habla con Dios cara á cara; se eleva como un as-

tro recién creado, blanco de luz; superó en grandeza material y en sabiduría á todo lo conocido, y, por fin, arrastrado por las hijas de los hombres, se derrumba desde los labios de Jehovah hasta los pies de Astarthe, la diosa de los Sidonios, y hasta los de Moloch, el ídolo grotesco de los Ammonitas.

«Pídeme lo que quieras,» le dijo al principio el Dios del Sinaí.

Y respondióle Salomón: «Da á tu siervo, oh Señor, un corazón dócil, para que pueda hacer justicia á tu pueblo, y discernir entre lo bueno y lo malo.»

Y dijo el Señor á Salomón: «Por cuanto no has pedido para ti ni muchos días de vida, ni riquezas, ni las almas de tus enemigos, he aquí que lo he hecho conforme á tus palabras, y te he dado un corazón sabio, y de tanta inteligencia, que ninguno antes de ti

te ha sido semejante, y ninguno tan grande se levantará después de ti.»

«Y aún esto que no has pedido te ha sido dado: riquezas y gloria; riquezas y gloria por manera tal, que no habrá ninguno parecido á ti entre todos los reyes de los tiempos pasados.»

«Y la sabiduría de Salomón, dice el libro santo, excedía á la sabiduría de todos los orientales y egipcios; era más sabio que todos los hombres; disputó de los árboles, desde el cedro que está sobre el Líbano, hasta el hisopo que sale de la pared.»

El templo fabuloso que erige Salomón, cumpliendo la voluntad de David su padre, en honor de Jehovah, está descrito en la Biblia: nada puede concebirse de igual magnificencia, según es soberbia esa descripción: el oro, el marfil, las piedras preciosas traí-



das por Hiram, el rey de Ophir; los cedros del Líbano, cortados á millares y por millares de obreros fenicios unidos á los hebreos para la obra colosal; los metales fundidos ó repujados que ocupan las fraguas, y resuenan como timbales al golpe de los martillos; la fábrica que se va levantando de la tierra como á la voz de un conjuro omnipotente, con sus columnas torsas de chapiteles en forma de azucena, y sus atrios, y sus pórticos, y sus artesonados de cedro, y sus planchas de oro que la revisten, y sus humillados querubines de alas desplegadas; la consagración, por fin, de aquel templo, al verdadero Dios, todo es como el pedestal y el teatro sobre que se levanta la figura del rey, cubierta de su manto blanco como un fantasma luminoso.

Una nube baja de su región aérea y envuelve el templo, cuando Salomón



lo consagra; la gloria del Señor había llenado aquella casa, dice la Biblia.

Y el rey, ante el innúmero pueblo prosternado, se dirige á Dios, con las rodillas en la tierra, y los brazos, de que cuelgan los pliegues del manto blanco, extendidos como alas hacia el cielo: « Si no pueden abarcarte, oh Señor, ni los cielos de los cielos, ¿cómo podrá contenerte esta casa que te he edificado?

« Mas vuelve los ojos, oh Señor Dios mío, vuelve los ojos á la oración de tu siervo . . . .

« Que esos tus ojos estén abiertos sobre esta casa de noche, y también de día; sobre la casa de la que dijiste: ahí estará mi nombre . . . . »

Salomón edifica, no sólo el templo del Señor, pero también su palacio en el Líbano, que habita con su esposa la hija del rey de Egipto; y los muros de muchas plazas fuertes, Maggedo,

Hazor, Guezer; y fabrica tronos espléndidos para su gloria, y acueductos y ciudades; y reedifica á Bethorón, Balaath y Palmira; y llena á Jerusalén de pórticos y de piscinas y de jardines; y construye flotas de barcos que le traen las riquezas de Ophir conducidas por Hiram el rey: oro, paños de púrpura, piedras preciosas, perfumes, animales raros.

El pueblo hebreo cree vivir envuelto en la cauda luminosa de un astro aparecido en su cielo; los otros pueblos miran asombrados hacia aquella parte del horizonte, encendida por tan peregrino resplandor.

Cuando en Jerusalén las puertas del gran palacio se abren, para dar paso al rey que, con su séquito, va á la fiesta de los Tabernáculos, no parece sino que una nube del poniente se ha des-

garrado, y derrama en la ciudad santa sus internos arreboles.

Arde la luz en los palacios laminados de cobre bruñido; cuelgan de los balaustres las lamas doradas, los largos cendales de púrpura, las telas egipcias y orientales de colores vivos. Las terrazas cuadradas y los rebordes de las pequeñas cúpulas blancas que se alzan sobre su base cúbica, están cuajados de gentes que agitan ramos de almendro en flor; los hombres y los niños se aferran, como nudos, al tronco de las palmeras y de los plátanos; llenan otros las ramas tortuosas de los sicomoros, y sus hosannas y los clamores de la multitud se mezclan á las notas de la charanga real que se acerca lentamente. El séquito viene envuelto en una nube perfumada; chispean entre el humo las tiaras de los sacerdotes, los rubíes y las esmeraldas pectorales, los brocados de las vestiduras sagra-

das, las luces de los turíbulos oscilantes, los instrumentos musicales en forma de serpientes aladas ó de monstruos fantásticos, los metales de las picas y de los arcos, las corazas escamadas de metal brillante, las rodelas de oro, los cascos alados de pedrería; ondean, movidas por el viento del desierto, las flámulas y gallardetes de los heraldos que, por centenares, hacen sonar sus largas trompetas de plata; cuando éstas callan, lo hacen para dar espacio en el aire á las notas metálicas que saltan de los laúdes y las liras, ó al restallar de los címbalos que se chocan, sostenidos en alto por centenares de brazos cubiertos de ajorcas de oro.

Y sobre la nube que se acerca, aparece por fin un momento, y desaparece oculta por los perfumes, para entreforse de nuevo como un vago reflejo, la hierática figura del rey, sentado, como



un mito, en su trono portátil de marfil; se ve acercarse su manto de lino de singular blancura, su mitra real de corte asirio, su cara color de cera virgen, sus grandes ojos llenos de luz negra, su nariz recta, su barba rizada, que se recorta sobre el manto blanco; y de éste emerge, cual si no estuviera unida á un cuerpo, la morena cabeza pensativa del hijo de David, que pasea por el aire una mirada lívida y febriciente como una llama.

De los pebeteros de oro que rodean el trono, salen largas cintas nacaradas de humo perfumado, que ondean y se envuelven en el aire y se desflocan en él; triples teorías de doncellas vestidas de la listada túnica egipcia danzan en torno del trono, sembrando en el viento las notas de las arpas y de los sistros argentinos de doradas cuerdas de metal; rueda el sonido sobre los parches de los timbales, acompañados del acor-



dado restallar de los címbalos que se chocan; y, sobre aquel acorde brotado de la nube que envuelve al rey, hierve en el aire el son de los sones, el sonoro aliento humano saturado de alma y de pasión, la aclamación del pueblo, que casi se hace tangible en el aire, como las ondas sobre un mar cercano que no se ve.

Los viejos hebreos, arrodillados en el polvo blanquizco de la calle orlada de plátanos, alzan con esfuerzo los brazos trémulos, ó los dejan caer en tierra ocultando entre ellos las cabezas de largas barbas; las mujeres levantan á sus hijos casi desnudos en sus brazos morenos cubiertos de brazaletes de oro; una lluvia de flores, de polvo de plata y de perfumes sutiles descende, como una nieve de colores, de lo alto de las terrazas, de las copas de las palmeras.

Pasa por fin la nube esplendente;

el pueblo la sigue con la actitud y con los ojos; la ve subir lentamente la triple serie de gradas del templo, y cae de bruces en el polvo cuando ve la blanca forma del rey cruzar sola el umbral sagrado, y hundirse en las obscuras profundidades en que llamean, ante el Santo de los Santos, las luces misteriosas del candelabro de los siete brazos de oro.

El mundo entero miraba aquello, y se quedaba absorto y sobrecoigido, como si presenciara una puesta de sol con meteoros extraordinarios.

Nitocris, la reina de Sabbá viene, desde la Arabia, la tierra de los aromas, en el país de los sabeos, á admirar á Salomón, y á derramar á sus pies los presentes innumerables y opulentos. Ella ha creído que Salomón no es otro que el Mesías anunciado

en Arabia por la profecía de Balaam, y ha atravesado el desierto, sentada en su elefante blanco, acompañada de su corte, y seguida de cincuenta dromedarios cargados con los regalos, símbolo de su adoración.

«Y todos los reyes de la tierra, dice el Libro hebreo, deseaban ver el rostro de Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su alma.

«Y le llevaban presentes todos los años: vasos de plata y oro, y vestidos y armas, y aromas, y caballos, y mulos.

«Y Salomón sobrepujó á todos los reyes de la tierra en riqueza, y también sobrepujólos en gloria.»

Así hablan del hijo de David las sagradas páginas.

La fábula extranjera, á su vez, envuelve en sus tules recamados esa extraña figura; la leyenda transforma de mil maneras su sombra esplendorosa. Los escritores persas, turcos y ára-

bes le atribuyen un poder maravilloso, gracias á un anillo que poseía, en el cual estaba escrito el nombre del Dios verdadero. Los ejércitos de Salomón, dice el Corán, estaban formados de demonios, de hombres, de pájaros; el viento obedecía su voz; comprendía el lenguaje de las aves, y el de las potencias infernales; y éstas le sirvieron en la construcción del templo de Jehovah, y en la fabricación de un trono de rubíes coronado por dos buitres de oro, que plegaban las alas y cubrían al rey con su sombra cuando se sentaba en él.

## II

Pero mientras tamañas obras materiales eran llevadas á término, el genio de Salomón creaba otros monumentos más perdurables: escribía. « Pro-



nunció, dice la Biblia, mil parábolas, y sus cantos fueron cinco mil.»

Sin duda para hallar silencio é inspiración, buscó Salomón un sitio propicio y alejado del estrépito de la gloria humana. Allí, á dos leguas de Jerusalén, estaba el *Huerto Cerrado*. En él construyó una residencia, y realizó grandes obras, en consonancia con las del Líbano y Jerusalén: rodeó el huerto de un muro de piedra que seguía las basálticas sinuosidades de la roca que lo circunda; construyó allí palacios; encauzó las aguas de la fuente sellada que lo riega; formó tres estanques colosales escalonados en las laderas, para depositar las aguas, y, por acueductos, cuyos fragmentos, lo mismo que los estanques, existen aún, llevó esas aguas al monte Moria de Jerusalén. Hizo de aquel huerto un paraíso que aún hoy conserva el nombre de *Paraíso de Salomón*, y, en su silencio perfumado, re-

cogió los pensamientos que caían lentamente de las altas lejanías. « Dado á todas las magnificencias, dice el mismo príncipe, levanté palacios para mí, planté jardines y verjeles en que brotaba toda clase de árboles, y, para el riego de éstos, fabriqué albercas de agua. »

El *Huerto Cerrado* fué, sin duda alguna, el retiro del príncipe.

El historiador Josefo nos presenta á éste, lleno de color, en ese sitio, cuyos perfumes y frescura va á buscar en las horas de la mañana. Cuando Salomón, dice el historiador, después de conocer cuanto acontece debajo del sol, conoció ser todo aflicción y vanidad de espíritu, acostumbraba dejar Jerusalén y sus tristes alrededores, y, montado en su carro, con el manto blanco de los reyes sobre las espaldas, iba silencioso al *Huerto Cerrado*, seguido sólo de su guardia de arqueros.

Allí, bajo los naranjos y limoneros de Oriente, que, unidos á los terebintos y á toda la vegetación arbórea de la zona subtropical, perfumaban el aire de azahares, pasaba Salomón las horas de la mañana. El aire hablaba entonces al príncipe, el aire lleno de espíritu, y de palabras, y de mensajes lejanos.

¡Cuántas de esas mañanas de soledad habrán quedado infundidas en los cinco mil cantos que escribió el suntuoso poeta hebreo!

Pero la antigua Palestina de los ríos de leche y de los de miel ha sido borrada del mundo, á medida que ha ido llenando su misteriosa misión profética: la tierra se ha agrietado, y ha perdido su expresión, como la cara de un viejo enfermo; los árboles se han caído como sus cabellos; la luz se ha entristecido en la neblina como su mi-

rada; se han hundido las murallas, han desaparecido los palacios del Líbano y los de Jerusalén, y el templo mismo de Jehovah. También se han perdido para siempre los millares de cantos del poeta; brillaron sus inspiraciones y fueron tragadas por el olvido, como si la espada de un gigante invisible hubiera flameado un momento al ser desenvainada en la obscuridad.

Sólo uno de esos cantos nos ha quedado: el canto precisamente que conserva el espíritu del *Huerto Cerrado*, que también vive aún en plena eflorescencia en medio á las rocas basálticas de Jerusalén; el canto que pronuncia y simboliza la fecundidad virginal del *Paraíso* en que brotó el Verbo, á la evocación del amor divino.

Sólo él nos queda de la obra del más sabio de los humanos: ese canto, de soberana hermosura, se llama *El Cantar de los Cantares*.



## EL CANTAR DE LOS CANTARES

### I

Es un poema cristalino y sutil, un idilio de amor conyugal en el que dos esposos, apacentadores de rebaños en los huertos de Jerusalén, se manifiestan su ternura y se elogian mutuamente su belleza. El rey poeta lo escribió en verso hebraico, acaso en el rústico dialecto de Palestina, muy análogo al Caldeo, para imprimirle mayor sencillez y mayor ingenuidad campesina.

San Gregorio Nacianceno le llama *Drama Nupcial*; Bossuet lo califica

de *Epitalamio*, y halla en él siete églogas, correspondientes á los siete días que las fiestas de bodas duraban entre los hebreos, tales cuales nos las ofrecen los libros incomparables de Ruth y de Tobías.

No nos es posible apreciar toda la belleza de este canto de los cantos, al través de versiones á lenguas radicalmente distintas de la hebrea; pero la luz de sus estrofas llega á nosotros, como la luz de las estrellas cuya forma no conocemos, y que arden hundidas en su aire lejano, muy distinto del que nosotros respiramos.

El *Cantar de los Cantares* es un canto sagrado que tiene que oírse de rodillas: creo firmemente que su lenguaje es el del paraíso antes de la culpa, antes de que el hombre se hubiera dado cuenta de que su propio cuerpo, la obra más perfecta del Creador, estaba desnudo. El aliento de sus

estrofas es como el humo del incienso, que necesita lugar sagrado para difundirse, y que, fuera de él, parece profanado, é irrita los ojos, y produce vértigos.

¿Quién se atrevería á pronunciar, en medio de un corrillo que habla de vidas disolutas, el nombre de su madre muerta al darlo á luz? El rayo de sol, dice Shakespeare, con ser un dios de purísima luz, engendra gusanos al penetrar en un perro muerto.

No hagáis penetrar el *Cantar de los Cantares* en orejas de carne, de carne muerta á la vida espiritual. Está en lengua del paraíso, y esa lengua no aprendida sólo es hablada y comprendida antes de la culpa, ó después de la penitencia.

Jamás sus estrofas se desvían del sentido ordinario de las palabras; no hay en sus versos frases solapadas ni sonrisa que no sea ingenua como la risa de un niño; en él los cuerpos sólo

sirven para hacer sensible la belleza eterna que se trasparenta en ellos tomando su forma, como la luz toma la forma del vaso que la contiene, y que impide que se confunda con la luz infinita.

## II

Oigamos algunas notas entresacadas sin orden del poema del rey, siquiera sea para hacer pasar por estas páginas un poco del hálito de nardos y lirios del campo que mana de sus estrofas sin espinas.

La voz que se oye es la voz de mi amado: vedlo cómo viene atravesando los montes y saltando los collados <sup>(1)</sup>.

(1) Tomo indistintamente la magistral traducción de la Vulgata de Sefo, y la encantadora versión, directa del hebreo, de Fray Luis de León, procurando refundir ambas, para dar color homogéneo á estos fragmentos, que transcribo sin ajustarme al orden de las estrofas.



Morena soy pero hermosa, hijas de Jerusalén, hermosa como las tiendas de Cedar, y como las cortinas de pieles de Salomón.

Oh tú que estás en el huerto; los compañeros escuchan; haz que oiga tu voz.

Yo soy la flor del campo; yo soy la azucena de los valles. . .

No te fijas en que soy morena: es que me ha mirado intensamente el sol.

Como lirio entre las espinas, así es mi amada entre las mujeres.

Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos de los hombres.

Ha hablado el amado de mi cora-

zón, y me ha dicho: levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

Ya lo ves: ha pasado la lluvia, y el invierno ya se ha ido.

Los capullos de las flores se abren en nuestra tierra; ha llegado el tiempo de la poda; se está oyendo la voz de la tórtola en nuestros campos.

La higuera brota sus higos, y las uvas pequeñas dan su olor; levántate, pues, amiga mía, y ven.

El amado mío para mí, y yo para él, que se apacienta entre los lirios.

Hasta que sople el día y las sombras huyan, tórnate, amado mío, semejante á la cabra ó al corzo, sobre los montes de Better.

¿Quién es esa que sube del desierto como columna de humo perfumado de incienso y mirra, y de todas las plantas olorosas?

Eres toda hermosa, amiga mía, y  
ni una mancha existe en ti.

Salid y ved, hijas de Sión, salid y  
ved al rey Salomón con la corona con  
que lo coronó su madre en el día de  
su desposorio, y en el de la alegría de  
su corazón.

Ven del Líbano, esposa mía, ven  
del Líbano, y serás coronada de la  
cumbre de Amaná, de la cima de Sa-  
nir y Hermón, y de las cuevas de los  
leones, y de los montes de los leo-  
pardos.

*Huertocerrado eres, hermanamía,  
esposa mía, huerto cerrado, fuente  
sellada.*

Fuente de huertos, pozo de aguas  
vivas que corren impetuosas desde el  
Líbano.

Hermosa eres, amiga mía, como

Thersa, bella como Jerusalén, terrible como los escuadrones con banderas desplegadas.

¿Quién es esa que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

Soy la rosa del campo, y el lirio soy de los valles . . .

Eres toda hermosa, oh amiga mía, y no hay en ti mancha alguna.

*Eres huerto cerrado, y tus perfumes como aromas de paraíso; eres fuente sellada, oh hermana, oh esposa mía, fuente sellada que corre impetuosa desde las cumbres del Líbano; eres lirio entre las espinas, y eres hermosa, la hermosa entre las mujeres, oh esposa, oh hermana mía!*

.....



## III

Parece, cuando se oyen esas palabras de amor, que la tierra pasa por una ráfaga de cielo cerca de un astro invisible; un aliento de aurora sideral y de flores no brotadas se desprende de esas estrofas frescas como el agua que corre.

El amor conyugal terreno no puede ofrecerse, al manifestarse apasionado, exento hasta ese punto de todo calor de sangre humana: todo recato tiene, en el fondo, la conciencia del mal, y el recato no se ve ni remotamente al través del *Cantar de los Cantares*.

Léase la aparición luminosa de Beatriz en el Paraíso del Dante, y compárese con la ingenua esposa del *Cantar*. Son dos purezas muy distintas. Los ojos de Beatriz tienen el brillo de

ojos humanos transfigurados, y purificados por la muerte; los de la esposa morena del *Cantar* profético no son transfigurados: son puros originariamente, miran muy abiertos, todo niñas, sin reserva alguna, y llenos de luz blanca. La estrofa dantesca se ha sumergido en el cielo desde la tierra; pero es el cielo el que ha descendido á la profética estrofa del *Cantar de los Cantares*.

Ese canto no lo escribió Salomón sólo para celebrar sus bodas con la hija del rey de Egipto, si es que con ese motivo lo escribió; no es ciertamente la pastora sulamita la que así expresa un amor que, siendo conyugal y fecundo, es también angélico: fecundidad virginal.

Los lectores del espíritu que anima la letra de los libros divinos han leído en el *Cantar* la visión del consorcio eterno de Cristo con su Iglesia,

y de su mutuo amor que puebla los cielos de almas redimidas.

¡Pero cuán claro se ve brotar de entre tanta belleza el símbolo, que la Iglesia ve también en ella, de la que es por excelencia la azucena entre las espinas, la flor del campo y el blanco lirio de los valles!

Ella es la única toda hermosa y sin mancha; ella es la sola mujer fuerte, terrible como los escuadrones con banderas desplegadas; ella el huerto cerrado, custodiado por el arcángel, y regado por la fuente sellada, por las aguas vivas que bajan impetuosas entre las rocas, desde los manantiales del Líbano.

Y Dios vendrá del Líbano, dijo el profeta Oseas, y el Santo vendrá del bosque espeso y lleno de sombra.

Así lo ha interpretado la Iglesia universal, que recoge la estrofa perfumada de azahares del rey poeta, y

la hace resonar todos los días en el universo en honor de la Virgen Madre.

Eres toda hermosa, oh María, y no hay en ti mancha alguna.

Tú eres, y sólo tú, la flor del campo y la azucena de los valles.

Y eres tú, oh la más hermosa entre las mujeres, el huerto cerrado, el huerto regado por la fuente oculta, cuyo aroma, aroma de paraísos, perfuma las estrofas del profético cantar.

*Tota pulchra es Maria, et macula non est in te. Hortus conclusus, oh Maria, hortus conclusus, fons signatus; emissiones tue paradisus.*

---





EL PRIMER ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

---



## CARÁCTER

### I

Recorriendo como romero la tierra de Palestina el que es hoy primer arzobispo de Montevideo, Doctor Don Mariano Soler, llegó un día al *Huerto Cerrado* de las mañanas del príncipe hebreo, en el que por primera vez se oyó el *Cantar de los Cantares*.

Ya no vió en él los palacios del rey; los arqueólogos buscan en vano, y apenas si han encontrado algunos de sus vestigios excavando la tierra: todo ha desaparecido.

El huerto esta allí, sin embargo;



pero está mudo; ya no se oyen en él, desde hace tres mil años, las estrofas del cantar que fué su voz.

«En mis cuatro viajes á Tierra Santa, escribe el prelado uruguayo, he ido á visitar ese lugar; la impresión que allí experimenté no se borrará jamás en mi espíritu. ¡Un jardín en medio del desierto! ¡Un verjel florido cercado de áridas montañas! Es, sin duda alguna, la figura de María, la sola hermosa, la sola inmaculada y fecunda, en el árido desierto de esta tierra.

«Apenas contemplé aquel huerto, se me ofreció la imagen de María del Huerto; quizá fuí el primero que allí la veneró. Yo le prometí entonces que había de hacer de mi parte todo lo posible por que en aquel lugar tuviera un culto perpetuo.»

Es notorio que los pueblos cristia-

nos, ya que, por designio providencial, la Tierra de Cristo está en poder de sus enemigos los hijos del Islam, anhelan tener y tienen monumentos propios en esa tierra santa; pero esa idea sólo es concebida y realizada por las grandes naciones: Francia, Alemania, Rusia, los Estados Unidos. En cuanto á las hispano-americanas, parecía que la idea era inaccesible á su estado actual de progreso.

El prelado uruguayo ha cumplido sin embargo su promesa.

Volvió á su patria con una blanca visión en el alma; habló del *Huerto Cerrado*, de un *Hortus Conclusus* que nadie conocía, de Cantares de Salomón, de santuarios remotos; y pidió recursos, por amor de Dios, para tallar piedras en Palestina. La gente no lo entendía, no sabía de qué hablaba el animoso romero de Tierra Santa. — Estamos pobres, le dijeron sus compatriotas; hay

mucho que hacer, muchos pobres que socorrer en nuestra tierra; esas piedras de que habláis están muy lejos, y son muy duras. ¿Cómo tallarlas desde aquí?

—No importa, dijo el prelado: la dádiva del pobre es la más propicia, la más productiva en el cielo; todo pueblo que ha realizado empresas generosas fuera de sus fronteras, ha dejado grandes necesidades que satisfacer dentro de aquéllas; tendréis siempre pobres entre vosotros, como dijo el Maestro; los había cuando se construyó el templo de Salomón por orden de Dios, y cuando se edificó San Pedro de Roma, y Nuestra Señora de París, y la Catedral de Sevilla; los hay hoy al rededor de todo monumento que se levanta, y sin embargo se levanta. Los templos no son los enemigos de los pobres; son su casa, porque son la casa del Padre; son su

única gloria, porque sólo en los templos de Jesucristo la pobreza y el dolor tienen altares.

Ahorraremos sobre el hambre y la sed; pero es preciso: es preciso que el Uruguay escriba su nombre en piedra basáltica de Palestina, precisamente porque es la más dura de las piedras, la más digna de recibir ese nombre querido; es preciso que sea él el primero, entre todos los pueblos, en venerar á la Virgen Madre en el huerto clásico que la simboliza desde hace tres mil años, el primero en volver á entonar allí el Cantar de los Cantares. Y la Virgen bendecirá al Uruguay, y el mundo pronunciará su nombre, y verá los colores de su bandera entre los cedros del Líbano y las rosas de Jericó.

Y atravesó el Río de la Plata, y fué á golpear las puertas de la República Argentina pidiéndole limosna para



su ensueño, y ofreciéndole en cambio la mitad de la gloria, no la mitad, la gloria entera, ó más bien duplicada, por el simple hecho de ser compartida por las dos repúblicas hermanas.

Y el hecho es que, yo no sé cuándo ni cómo, las piedras de Palestina se han tallado y se están tallando; los obreros árabes acuden por centenares al huerto de Salomón, y allí trabajan día y noche por orden de argentinos y uruguayos. Después de luchar con serios inconvenientes, se ha obtenido la venia ó firmán del sultán de Turquía para adquirir un área de veinte mil metros de terreno, que se ha cerrado con un muro de sillería; se ha cortado horizontal y perpendicularmente la falda de la montaña para dar espacio al santuario; un gran muro

de contención corta á pico el terreno sobre el huerto; un espléndido puente ó viaducto de diez y seis arcos pone en comunicación una vertiente con otra de la montaña al través del valle fecundo. En la una, levanta el santuario sus arcos rebajados de estilo bizantino; en la del lado opuesto, el pueblecito de Orthas confunde su caserío de construcciones cúbicas y de chatos cupulines árabes con el color ceniciento de la montaña de cuyas piedras está edificado. Los sillares de granito del santuario, como los de la leyenda fantástica, van cayendo unos sobre otros, arrojados desde el Río de la Plata; el monumento se va alzando en el declive de la montaña sobre las copas de los árboles del valle melodioso, y muy pronto ese *huerto cerrado*, callado desde hace tres mil años, recobrará su voz, y brotará de su seno, á la sombra de las banderas argentina y uruguaya,

el espíritu profético de la estrofa eternamente nueva:

Eres toda hermosa, oh María.

Eres la prefigurada en todos los paraísos.

Eres la flor del campo y el lirio de los valles; la azucena entre las espinas, el huerto cerrado, regado por la fuente oculta, con aguas surgentes del Líbano inmortal.

## II

Esa obra inverosímil que está realizando, casi inconscientemente y como por sorpresa, la fe de uruguayos y argentinos, concentrada en una enérgica voluntad, nos ofrece la ocasión de estudiar una figura y un carácter: la figura clásica y llena de relieve del prelado metropolitano del Uruguay, y su carácter original que, por sus ras-

gos enérgicos y fijos, se destaca brus-  
camente sobre el fondo movable é in-  
deciso de su patria.

Dice Taine que « el grupo de sentimientos, de necesidades y de aptitudes de un pueblo ó nación, desde el momento en que se manifiesta por completo y con brillo en una alma, constituye *el personaje reinante*, es decir, el tipo que los contemporáneos circundan de su admiración y de su simpatía: en Grecia, el joven desnudo y de hermosa raza, perfecto en todos los ejercicios del cuerpo; en la edad media, el monje extático y el caballero enamorado; en el siglo décimosexto, el cumplido hombre de corte; en nuestros días, el Fausto ó el Werther insaciable y triste. »

El Uruguay, lo mismo que la República Argentina y las demás nacio-



nes americanas, no tiene aún la consistencia suficiente para producir un *personaje reinante*, intérprete de un estado general y permanente del espíritu. Núcleos poderosos de astros nuevos, los estados americanos no han terminado aún su período cósmico, ni se han enfriado y solidificado por completo. Sus moléculas se renuevan, suben y bajan, buscan su cohesión y su reposo definitivos: la raza y las costumbres son varias y constantemente modificadas por la inmigración cosmopolita; el prestigio de lo extraño provoca la imitación y ahoga la originalidad; son pocos los espíritus maduros, y muchas las precocidades brillantes pero frágiles; el ideal nacional se renueva ó se ofusca á cada paso; la historia no da títulos; el pasado se funde poco con el presente para formar el porvenir constituyendo algo permanente al través del tiempo; las

autoridades y los prestigios, ya sean sociales, intelectuales ó políticos, duran sólo una mañana; la aptitud de selección, compatible con la igualdad democrática, no ha nacido aún; los monumentos no brotan espontáneos del alma nacional, poco intensa para labrar la piedra ó fundir el bronce. Materia cósmica de atmósfera tempestuosa, la sociedad es iluminada por la luz intermitente de los relámpagos de la inteligencia, de la voluntad, aun del genio, si se quiere; pero la claridad permanente no se ha definido aún: aparece y desaparece en el horizonte, y no es posible distinguirla de los meteoros, ni separarla de las tinieblas.

El conjunto de sentimientos, de necesidades y de aptitudes del Uruguay no puede, pues, encarnarse en un *personaje reinante*, capaz de animar la estatua de mármol ó el monumento arquitectural que lo personifique; pero

si ello fuera hoy posible, ese cúmulo de sentimientos y aptitudes no daría ciertamente como resultado un constructor de santuarios en Palestina; el arzobispo de Montevideo no sería el *personaje reinante* de una nación americana del tiempo presente.

Y sin embargo, él es, sin duda alguna, el tipo más genuino y característico de su tierra, el Uruguay; nadie le atribuiría otra patria; sus rasgos fisonómicos, que más adelante estudiaremos, son esencialmente *criollos*, y han permanecido en él inmutables, al través de largas y repetidas ausencias del suelo natal, al que ama con hondo amor.

Es que sobre el *personaje* de Taine, que simboliza los sentimientos, las necesidades y las aptitudes actuales de un espíritu colectivo, yo concibo otro que, sin ser rodeado como aquél de la admiración de la multitud heterogé-

nea, es sin embargo la expresión de su pensamiento íntimo, de su aptitud potencial; de lo que en ella permanecerá al través de las evoluciones del organismo social en formación.

Creen algunos que esos grandes caracteres que, con pertenecer á una nación, se desprenden del medio en que viven, sólo existen en éste «á título de rebelión individual, y son como ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por una catástrofe geológica.» Yo creo lo contrario, cuando se trata de sociedades en formación como la nuestra: yo me los imagino como los fragmentos solidificados de un cuerpo en fusión que comienza á enfriarse lentamente. Esos fragmentos son de la misma naturaleza que el conjunto, y nos ofrecen la muestra de lo que éste llegará á ser, cuando adquiera su estado normal y definitivo.

El Uruguay y la República Argen-



tina que, con mayor ó menor espontaneidad, pero con eficacia, secundan al arzobispo de Montevideo, que concibe y realiza la idea, cuya grandeza es inaccesible á la multitud, de un santuario nacional en el desierto de Judea, obedecen á un instinto de la raza que, en definitiva, predominará en la América española. El metropolitano del Uruguay no es, pues, el *personaje reinante* de Taine, en cuanto no encarna las necesidades y las aptitudes nacionales presentes en acción; pero es el símbolo de lo que caracteriza nuestra raza: la coexistencia del idealismo puro y de la acción enérgica y fecunda.

### III

«Una guerra grande y universal, dice Carlyle, resume toda la historia

del mundo: la guerra de la fe contra la incredulidad; *lucha del hombre cuyo pensamiento se fija en la esencia real de las cosas, contra los hombres que lo tienen fijo en las vanas apariencias de las mismas.* »

Ese pensamiento fijo en la esencia real de las cosas, hijo de la fe serena y tenaz que engendra grandes propósitos y asegura su ejecución, resume el carácter del metropolitano del Uruguay; por eso su figura inmóvil se proyecta con dureza, sin fundirse ni esfumarse en sus rígidos contornos, sobre el fondo indeciso de su patria.

La silueta física y moral del doctor don Mariano Soler se ofrece al observador con una nitidez marmórea.

Los accidentes que excitan sólo la sensibilidad no ejercen acción alguna sobre su espíritu; y, recíprocamente, las

operaciones de éste, por más enérgicas que sean, el amor, el entusiasmo, la resolución firme, la devoción fervorosa, la alegría ó la amargura, no se revelan en formas accidentales en su envoltura corpórea: es exteriormente frío, imperturbable, casi inanimado. El hombre superficial que lo juzgara sólo por su exterior escultórico, lo acreditaría de altivo, quizá de soberbio ó desdeñoso. Y sin embargo, si fuéramos á elegir entre sus grandes virtudes la que más lo caracteriza, nuestra elección debiera recaer en su humildad, en la negación absoluta de sí mismo. La sencillez y la ingenuidad, que son el alma de su alma, toman en su cuerpo aspecto de dureza; la sinceridad más humilde se viste en él de altivez. Su carne es fría y opaca.

Es, por ejemplo, un hombre de oración y de una piedad profunda; el tabernáculo es su único refugio íntimo;

pero esa virtud sólo se traduce en él por una impasible solemnidad escultural. No se le verán jamás las actitudes extáticas que la oración imprime en otros varones justos rodeándolos de un nimbo; jamás se le verá con la cabeza entre las manos, en actitud de honda meditación ó de comunicación con la visión blanca que aparece al alma en comunicación con el cielo azul; no se le verá tampoco con el breviario en la mano, recorriendo lentamente el claustro del mundo con los ojos bajos, moviendo los labios, y santiguándose al compás de la fórmula secreta. La contemplación de Dios no se refleja en sus ojos claros, incoloros y apagados, casi sin mirada; la adoración no ablanda las líneas de su cuerpo inflexible; nada modifica los rasgos de su fisonomía clásica, de camafeo romano, que nos recuerda el ascético perfil del Dante joven, que co-



nocemos por el retrato atribuído al Giotto.

Su cara aquilina y la posición de su cabeza sobre los hombros son las mismas bajo la mitra preciosa y bajo el solideo ordinario; el báculo de oro no modifica su andar corto, mecánico, y que no imprime al cuerpo rígido la más mínima ondulación: camina sólo para adelantar. La marcha, el movimiento, no son en él expresión y vida como en los demás; sobre la noble impasibilidad de sus líneas parecen modelados los prelados de piedra que, de pie en sus repisas, y con la cabeza hundida en la sombra del doselete ojival, decoran las columnas de las viejas catedrales góticas, ó velan los sarcófagos de sus capillas absidiales.

Parece que su alma no tiende hacia afuera al ser movida por la emoción: antes por el contrario, se hunde, se aleja más de su cuerpo, dejándolo más

impasible, imprimiéndole la solemnidad de lo inanimado, la de los ojos sin pupilas de la Minerva griega.

Hay sacerdotes cuyo carácter sagrado y cuyas virtudes compenetran, no sólo sus espíritus, sino también sus cuerpos; son hombres que no tienen dónde esconder el alma; varones luminosos que no logran apagarse á sí mismos, y cuya luz, como la de las luciérnagas perseguidas, se aviva y enrojece con el esfuerzo que hacen por disimularla. El pueblo ve en todos sus actos, aun en los más sencillos, una oculta santidad, y se siente subyugado por la muda elocuencia de sus personas, que parecen desprendidas de un tríptico de Fra Angélico.

El arzobispo de Montevideo es todo lo contrario: es una alma de oro, pero de oro muerto, de superficie opaca;

si, por imposible, quisiera hacer ostensible el brillo de sus virtudes y merecimientos, no sabría salir del paso. Los que lo tratamos de cerca, necesitamos de mucho tiempo para caer en la cuenta de que ha realizado, en nuestra presencia, un acto de extraordinaria virtud, á costa de un heroico esfuerzo, ó sofocando una grande amargura. Entonces nos sorprendemos de no haberlo advertido antes; quisiéramos volver atrás para admirarlo; pero ya es tarde. El doctor Soler es como ciertas aves mudas, en las que el dolor más intenso, y aun la muerte, no modifican la superficie del plumaje tornasol, ni la expresión de sus ojos inmóviles como dos gotas de tinta. Sus actos heroicos de paciencia, de humildad, de amargura hondamente soportada, de perdón de las mayores injurias, pasan sin dejar recuerdo, sin aumentarle prestigio ante los hom-

bres que sólo miran las superficies. Ante éstos, ante sus juicios y reproches, el virtuoso y fuerte prelado será siempre un sér indefenso, un reo condenado de antemano por su tribunal. Ante Dios es otra cosa.

Alguien ha dicho que un libre pensador que pretende escribir la vida de un santo, es una jaula de gallinas que tiene la pretensión de alojar una águila. Por algo acude ese recuerdo á mi memoria. Es que es preciso agrandar mucho el espíritu propio, para que quepa en sus juicios el alma solitaria de Monseñor Soler, el hombre inexpresivo y profundo como la tumba sin flores de un genio olvidado.

Por eso, con ser, como lo es, un notable y fecundo escritor, el arzobispo uruguayo no es un grande orador como pudiera serlo; su palabra en público



no es dócil á su pensamiento, no se identifica con él sinceramente; se rebela, se va. Su cuerpo no habla; el calor del alma lo enfría como una evaporación. La palabra no tiene en él, por otra parte, más destino que el de expresar ideas, nunca el de agradar ó conmover; él pide á la palabra humana sólo *un sentido*, siendo así que tiene también *una alma*; él le exige que transmita sólo el pensamiento, siendo así que también puede transmitir la pasión, es decir, la conmoción orgánica que acompaña el nacer de los pensamientos nobles, y que se propaga, por simpatía, en los organismos predispuestos á reproducir el estremecimiento inicial.

Eso es arte, y el gran prelado uruguayo no es artista: es un pensador y un obrero, un claro entendimiento y una gran voluntad; no es un organismo vibrante. Absorbido en la be-

lleza de la verdad, y lleno de fe en ella, no la tiene tanto en la verdad de la belleza en sí misma, ni en su eficacia moral. Si la busca, la busca sólo como medio; y ese es el modo de no encontrarla jamás.

No se busque, pues, en él, la unción ó la afabilidad exterior que afecta sólo los organismos: la sonrisa afectuosa con el niño, la bendición llena de calor paternal, la palabra melódica y persuasiva que ordena acariciando, la frase que pide la aprobación ajena al emitir una opinión. Monseñor Soler da la suya sin dureza, pero sin vacilación, sin presuponer ni tener en cuenta el sentir favorable ó adverso de los demás. Absorbido en la esencia de las cosas, no adopta sus resoluciones, cuando le incumbe adoptarlas, considerando accidentes ó juntando pareceres: piensa hondamente, resuelve, y obra. En cuarenta y ocho

horas decide un viaje á Palestina, si lo tiene resuelto; sus maletas se aprontan en dos horas; va á Roma y vuelve de Roma en algunas semanas; atraviesa el desierto de Arabia, la Mesopotamia, la región de los relatos bíblicos hasta las fronteras de Persia, ó toda la América, de Méjico á Patagonia, en algunos meses, y lo hace con glacial impasibilidad, como si no saliera del orden normal de su vida. Hace conocer generalmente sus proyectos cuando ya están en vías de ejecución; y no es posible volver atrás; se sabe que ha escrito un nuevo libro cuando está impreso; busca muy pocos colaboradores á la concepción de sus planes; los reclama sólo para su ejecución, cuando los sabe eficaces á su intento.

Es que él penetra en la esencia de las cosas, y sale del fondo de su propio pensamiento con una lumbré in-

terior que le marca la ruta; cuando los accidentes se la borran ó confunden, vuelve á entrar en sí mismo un momento, como si fuera á dar cuerda de nuevo á su voluntad, y sigue, sigue tranquilo su camino con isocronismo casi automático. Si un obstáculo sale al encuentro de su empresa, lo examina; y, si lo juzga insuperable, desiste sencillamente de aquélla, sacrifica ó guarda para mejor coyuntura su idea y su trabajo, y, sin manifestar contrariedad, pasa friamente á otra cosa.

No pierde un cuarto de hora de su vida; duerme muy pocas horas; come, con una frugalidad de asceta, en quince ó veinte minutos; no se detiene jamás en el deleite, por más honesto que sea, ni se le conoce una afición que pueda proporcionarle un solaz intenso: no tiene más placer que el estudio, la visión de la verdad. Concorre á los ac-



tos sociales que exigen su presencia, y hace sus visitas con toda corrección; pero en todo eso está siempre de paso; sólo está definitivamente en su oratorio ó en su mesa de trabajo y de meditación; allí donde ora, donde piensa hondamente, donde escribe llenando carillas de una letra que refleja su carácter: nítida, clara, sin una sola enmienda, letra de copista del propio pensamiento, no turbado por la sensibilidad interna, ni por la externa, ni por la afectiva.

Por eso se le ve muy poco: es que él no tiene que hacer, allí donde no hace algo serio y permanente. Nadie como él sabe esconder su vida y difundir su espíritu.

*Cache ta vie et répands ton esprit.*

Ha escrito veinte volúmenes; escribirá muchos más. Sus obras históricas apologéticas, científicas, son im-

portantísimas; son lo más serio que se ha producido en su país, y honran al episcopado americano. Pero su juicio no cabe en este libro. Yo no estudio aquí un autor, ni escribo una biografía; apenas si procuro modelar en un bloque una figura interesantísima; apenas si esbozo, á martillazos en la palabra dura, un gran carácter de mi tierra, que reclama el bronce, y algún día lo animará.

El escultor Puget solía decir: «el mármol tiembla ante mí;» yo siento que son mis manos las que tiemblan al contacto de mi mármol insensible: de esta mi rebelde palabra, que no reproduce, tal cual yo las veo y siento, las líneas vigorosas de su escultural modelo.

## SEMBLANZA

### I

Los rasgos de carácter que hemos esbozado explican la actividad de la vida más fecunda acaso en obras sólidas y perdurables que nos sea dado examinar en el Uruguay.

Yo conocí al arzobispo de Montevideo allá por los años 65 y 66, en el Colegio de los P. P. Jesuítas de Santa Fe, en que ambos nos formamos. Era yo niño en aquel entonces: nueve ó diez años; él, joven: diez y ocho ó veinte. Yo estaba en la bulliciosa sección de los más pequeños;

él, en la de los seminaristas, que nosotros veíamos sólo de lejos. Hoy lo veo con toda precisión en mi memoria. Su figura se destaca entre las de los jóvenes levitas sus compañeros; me parece verla recortada en el aire, como la silueta de un bajorrelieve asirio. Es la misma que la del prelado actual; pasa rígido, aquilino, muy limpio, muy correcto en el vestir modesto. Al rendir sus exámenes públicos, está inmóvil como un modelo de taller; las palabras salen de su boca frías y sólidas; expone sus conocimientos tales cuales son, ni más ni menos; va á recibir los primeros premios, como el que ejecuta una orden urgente, sin que el goce del triunfo encienda una luz en sus ojos, ni modifique el dibujo correctísimo pero muy duro de sus labios.

Nos separamos entonces para volvernos á encontrar, andando el tiempo, en Montevideo: él de regreso del Co-



legio Pío Latino-Americano de Roma, en que terminó brillantemente su carrera y recibió las sagradas órdenes; yo de vuelta de Chile, en que terminé la mía; él, sacerdote, caudillo de Cristo; yo, modesto soldado de su ejército, y ferviente admirador de mi esclarecido capitán.

No bien regresó á su patria, su persona se tornó en eje de hierro de un movimiento desconocido; se dijera que había venido en él un núcleo de atracción y derotación vertiginosa, que arrastraba en su órbita todos los elementos de fe inertes y dispersos por la nación: asociaciones católicas, centros literarios y científicos, la juventud escogida que se agrupaba y se apercibía á la lucha, la prensa católica que nació de su aliento, las conferencias de propaganda, la controversia pública sostenida por él solo

contra una legión en una atmósfera candente, todo giraba en torno de su figura marmórea é impasible como una esfinge. En solos cuatro ó cinco años, fué director de universidad libre, presidente de la Sociedad de Ciencias y Artes, Diputado, Cura Párroco, propagandista de la palabra y de la pluma, organizador de todos los centros católicos, juez eclesiástico, asesor y consultor del prelado, Vicario general de la diócesis. En esos cuatro ó cinco años lo hizo todo, todo lo que existe en materia de organización laica católica; aun todo lo que se hará en mucho tiempo, estaba ya en sus apuntes ó en su cabeza poblada de proyectos. Con encontrársele en todas partes en que se trabajaba por la organización católica, no cesaba, sin embargo, de estudiar y de escribir en su rincón de trabajo: publicaba libros, trazaba planes, formaba estatutos de sociedades cien-

tíficas, proyectos de leyes que llevaba al congreso, organizaba museos y gabinetes. Ya estaba entonces en su mente la actual organización de la iglesia nacional: la arquidiócesis, los obispos sufragáneos, los cabildos; ya entonces dió un principio de ejecución á la universidad libre que realizará el porvenir; ya proyectaba la construcción de una nueva gran catedral en la capital de la República, la erección de un santuario nacional como el de Montmartre.

El país lo seguía con esfuerzo; á las veces, se le quedaba muy atrás, y lo abandonaba; él volvía entonces la cabeza, se encontraba solo, y regresaba tranquilo al presente desde el porvenir.

Tal conjunto de raras cualidades, con ser suficiente para trazar un ca-

rácter, no lo sería para definir el del que había de ser arzobispo de Montevideo, si no agregáramos uno fundamental: su disciplina, su acatamiento y veneración hacia la autoridad divina de su obispo.

Fueron sus prelados Monseñor Vera, el patriarca del Uruguay, y Monseñor Yéregui, el obispo mártir de su deber pastoral. La adhesión del doctor Soler á esos sus obispos; el afecto y el respeto filiales que les profesaba eran de una espontaneidad tal, que excluía todo juicio de su parte con relación á las órdenes ú opiniones de aquéllos.

Todos sus actos, por más personales que fuesen, no eran sino la voluntad de su prelado vestida de su inteligencia, de su preparación científica, de su actividad. La santidad, la inteligencia, la superioridad de criterio y el acierto de sus obispos eran para él indiscutibles. Se unían y conciliaban en él, por



manera realmente peregrina, la independencia y el espíritu innovador, con la sumisión y la obediencia más perfectas. La idea enérgicamente concebida en la soledad se desvanecía, como por ensalmo, en su mente, sin dejar huella alguna, al faltarle la aprobación de su prelado. Su cabeza, en plena eflorescencia, producía pensamientos para su obispo, y sólo para él, como la flor produce frutos para su árbol. Jamás pasó por su mente la idea de que, andando el tiempo, podía llegar él á ocupar el puesto de su superior; se consideraba como nacido sólo para obedecer, para trabajar secundando un pensamiento mayor que el suyo. Por eso la obediencia, no sólo no menoscababa su carácter, pero lo fijaba y diferenciaba, por la gran libertad y la espontaneidad suma que á sus acciones comunicaba. Eran éstas personalísimas, y, al mismo tiempo, dóciles ejecutoras

del ajeno pensar; eran la libertad en la obediencia, y el vigor en esa razonable libertad. Fué el ejecutor dócil de la voluntad de sus obispos cuando vivos; el apologista de su memoria cuando muertos.

Si bien se analiza, se convendrá en que ese rasgo del carácter que examinamos, más, acaso, que ningún otro, denuncia al hombre de acción y de pensamiento fijo, no distraído por los accidentes.

Sólo los hombres superiores se dan cuenta exacta de la diferencia de criterio que tiene que existir necesariamente entre el que tiene la responsabilidad de un acto, y el que sólo concurre á su ejecución. La disciplina es la piedra de toque de los grandes entendimientos, ó de las grandes virtudes.

Obsérvese bien, y se verá que la indisciplina, la falta de acatamiento á la autoridad, que fueron en el principio hijas de la soberbia, no lo son, muy á menudo, sino de la poca elevación de espíritu. La libertad é independencia que existen en el acto de obedecer, sometiéndose á lo que es superior á cualquier título, no son fácilmente percibidas por los espíritus pequeños; éstos gozan naturalmente con la depresión de lo que les es superior. De ahí que el espíritu de desacato sea, muy á menudo, simpático, no tanto á la ignorancia, cuanto á la mediocridad ignorante que forma legión; y lo sea tanto más, cuanto más elevada sea la autoridad que se desacata: el sacerdote, el pontífice romano, el mismo Jesucristo, el mismo Dios.

Un crítico italiano, Víctor Imbriani, publicó, en 1877, un estudio severísimo sobre el Fausto de Goethe, co-

locando á éste en el número de las glorias usurpadas. Marc Mounier, sin examinar el fondo de la cuestión, decía con ese motivo: « Lo que más me disgusta en estos críticos denigrantes, es el inmenso placer que proporcionan á los tontos. Nada es más agradable, para los que no tienen mérito alguno ni talento, que el saber, una buena mañana, que tal ó cual hombre ilustre es tan bruto como ellos. Se frotan entonces las manos y se creen águilas. »

Y lo que se dice de la inteligencia, dícese, con mayor razón, de la virtud que reclama respeto; es grato al hombre malo saber que tal ó cual persona, que goza del prestigio que da la virtud, es tan mala como él. El malvado se cree entonces un santo, y toma el aire de apóstol.

El hombre recto cree fácilmente en la ajena rectitud, y no adhiere, sin maduro examen, á las afirmaciones que



la menoscaban; el que sabe amar y acatar la autoridad es el que, llegado el día, sabrá con más cordura y mayor acierto ejercerla.

## II

Tal ha sido y es el carácter del metropolitano del Uruguay: sumergido siempre en la realidad de las cosas, parece inaccesible al ensueño. Y sin embargo, llegó el momento en que un ensueño tenaz logró penetrar, sabe Dios cómo, en su alma inexpugnable y solitaria. El fantasma era poderoso y noble, y no dejaba de ser temible, según venía armado de todas armas.

Es necesario que nos detengamos á examinarlo; que acaso fué él, y no otro, quien arrojó la semilla del santuario de Palestina.

En los largos viajes con que el doctor Soler interrumpió su labor en su tierra, fué una vez, como hemos dicho, á Tierra Santa. Aquella región árida y fría, que ya hemos descrito; aquellos sitios; aquellos nombres: Nazareth, Belén, el Jordán, el Mar de Tiberíades, el Thabor, el Calvario, ¡el Calvario sobre todo! sacudieron su rebelde sensibilidad. Yo me lo imagino de pie, inmóvil, solemne, y al parecer impasible como siempre, en presencia de aquella majestad: ¡el Calvario, el Santo Sepulcro!

¿Qué ocurrió entonces allá en el fondo desconocido de su alma piadosa, con esa piedad honda que antes he descrito?

Cuando salió de Jerusalén, un propósito se había agarrado como una raíz á su voluntad: dejar el mundo en que tanto había luchado; acogerse á la soledad del Calvario.

¿Se sintió acaso desfallecido por el rudo esfuerzo de siete años, y dió cabida en su alma á algún desencanto producido por la inconsecuencia de los hombres, ó por alguna herida demasiado dolorosa? ¿Olvidó que el mundo todo es Calvario para almas como la suya, que no saben de goces humanos?

Nadie lo puede afirmar; él no lo dirá jamás. Pero es lo cierto que, en aquel momento, renunció á su patria, á su familia, al mundo entero, y resolvió vestir para siempre el sayal franciscano en Tierra Santa, al lado del Santo Sepulcro; allí asistiría perpetuamente á los funerales de Dios, y satisfaría su insaciable anhelo de meditación y de estudio.

Su resolución era firme, fría, como todas las suyas, y no fueron bastantes á quebrantarla los esfuerzos unánimes de su patria que lo reclamaba.

Pero Dios la desvaneció.

¿Quieres mi cruz? le dijo Cristo. Sea en buena hora: tómalala. Y le colgó á los hombros, de una cadena, la cruz pectoral de piedras preciosas, ¡piedras no más!

¿Quieres ser romero y peregrino? Sea. Toma tu báculo y anda, oh alma esencialmente peregrina; pero tu báculo será más pesado que el del romero que cruza el torrente sagrado. Y le puso en las manos un báculo de oro.

Dios intervino claramente. Cuando Monseñor Soler, entonces Vicario General de Monseñor Yéregui, había vencido todas las dificultades que se oponían á lo que él creía su vocación del Cielo; cuando ya había gestionado con ahinco, y obtenido su admisión en la orden franciscana de Tierra Santa; cuando ya había dicho el adiós postrero á los lugares de su infancia, que fué á visitar antes de dejar



para siempre su patria; cuando, tras largo esfuerzo contra vigorosa oposición, había obtenido la venia de Roma, y arrancado la aquiescencia de su prelado, y fué á despedirse de éste la víspera de su partida, para recibir su última bendición, tocóle recibir su último aliento. Su ilustre predecesor, Monseñor Yéregui, murió repentinamente en sus brazos.

*Digitus Dei est hic.*

Esa orden de Dios que le cerraba el camino con el cadáver de un santo, fué luego al punto seguida de una orden telegráfica de Roma, que encargó á Monseñor Soler de la administración interina de la diócesis. Tuvo que quedarse.

¿Con pena? ¿Con descontento?

Con impasible resignación. Se le vió reanudar su labor, y ponerse á la obra,

como si nada hubiera acontecido. Pero no por eso abandonó su propósito, que guardó en el fondo de su espíritu.

El país manifestó entonces su voluntad unánime: superiores de comunidades religiosas, clero, fieles, todos reconocieron y proclamaron en el doctor Soler el sucesor providencial de Monseñor Yéregui. Ese voto llegó, en forma premiosa, á Roma, al representante de Dios que marca á los elegidos. Por otra parte, una comisión formada de lo más genuino del catolicismo uruguayo, encabezada por el gran ciudadano don Juan D. Jackson, cuyo nombre debe quedar en estas páginas, acudió al Presidente de la República á suplicarle que, en la terna que es costumbre presentar á la Santa Sede, se escribiera, en primer término, el nombre del doctor don Mariano Soler.—En ustedes, dijo el Presidente, habla la voz de los cató-

licos orientales; y son éstos, más aun que yo, quienes deben resolver en este asunto. Yo, pues, obedeceré la indicación de ustedes, la voluntad del pueblo católico, y me uniré á ella personalmente con la mayor satisfacción. El Presidente cumplió fielmente su promesa.

Monseñor Soler permanecía impasible; pero se fué á Roma á tentar un último esfuerzo; se fué con el propósito y con la esperanza de no volver. Expuso al Papa su causa: su vocación de Dios que lo llamaba al claustro, su carácter que lo alejaba de los hombres, la índole y la situación de su país. León XIII lo escuchó largo rato en silencio, clavados en él sus ojos negros llenos de luz. Por fin, interrumpiéndole bruscamente, le dijo:

*Y bien: yo quiero que usted se consagre.*

Monseñor Soler acató la orden.

---

Fué consagrado en Roma Obispo de Montevideo.

El pueblo uruguayo lo aclamó al volver. Llegó sereno como siempre, pero más que nunca humillado ante Dios, porque estaba penetrado de su terrible dignidad, y de su nuevo eterno carácter. El ascua de fuego había tocado su alma, y él había sentido el contacto ígneo como él sabe sentir: en el fondo, lejos de las superficies. Nadie como él conocía el peso de la cruz pectoral y el del báculo de oro; nadie más que él, el significado del juramento que había prestado, al aceptar el anillo que significa su místico desposorio con la Iglesia de Cristo; él sabía bien la transformación que la suprema de las órdenes sagradas había operado en su alma ungida; sabía que él era, desde entonces, el conti-



nuador de la misión dada por Jesucristo á sus apóstoles; conocía bien la resolución del Concilio de Trento, según la cual el episcopado es el primer grado de la jerarquía de orden, y no ignoraba que la superioridad del obispo sobre todos los presbíteros es dogmática, de derecho divino, y no de simple institución eclesiástica; sabía, por fin, que, según la expresión de Andrés, el obispo es la columna del templo, y, según la hermosa expresión de la edad media, es el trono de Dios. Debía, pues, ser él, y sólo él quien imprimiera su rumbo á la iglesia del Uruguay, pues suya, y sólo suya, era la responsabilidad ante Dios.

Se sintió entonces más que nunca solo en medio á la multitud, solo con aquella pavorosa responsabilidad, que siempre quiso esquivar; y se envolvió en su nube, como el Moisés de Alfredo de Vigny:

---

*M'enveloppant alors de la colonne noire,  
J'ai marché devant tous triste et seul dans ma gloire.*

Su gloria debía ser su humildad, el sacrificio de todo éxito accidental al éxito esencial y permanente de sus esfuerzos por la gloria de Dios, el solo grande, el solo altísimo.

Adoptó entonces como divisa, y escribió en su escudo episcopal, con signos de gules, este lema soberano, que parece trazado con la sangre del gran prelado en el esmalte heráldico de azur: *Absit gloriari nisi in cruce.*

MI SOLA GLORIA LA CRUZ

## EL PRELADO

### I

La honda veneración hacia sí mismo que la dignidad episcopal impuso al tercer obispo de Montevideo, no hizo sino acentuar los tonos ya vigorosos de su interesantísimo carácter. El hombre de las empresas prácticas y fecundas ha persistido en el obispo, como ha persistido el propagandista, el escritor erudito, el hondo y frío pensador que, fijo en una idea madre, pone al servicio de ésta todo cuanto es transitorio y accidental.

Su palabra pastoral tiene el sello

de su persona, tal cual la penetró León XIII al mirarlo fijamente y decirle: « quiero que se consagre ». No se busque, pues, en ella, sólo la voz del misionero que excita los fieles á la piedad, ó la del párroco lleno de celo y unción, director de conciencias individuales; esa es misión que incumbe á sus virtuosos y dóciles agentes, mientras él se reserva la más ardua y delicada, y se consagra á ella en absoluto. Búsquese y se hallará en él el maestro que expone y defiende la doctrina; el apologista que la impone á todo espíritu honrado, por la sola fuerza de su verdad y su hermosura; el estadista, el estadista sobre todo, que la acomoda al momento histórico, desdeñando las rutinas de forma que, al cambiar de sentido, como cambia todo lo que es accidental, pudieran comprometer la recta comprensión de la verdad inmutable, y dificultar su



predominio en el pueblo; en todo el pueblo, y no sólo en el grupo de elegidos ó iniciados en la recta interpretación de las formas.

Es claro que para eso, mucho más que para enseñar en la escuela, ó seguir con piadosa tranquilidad de conciencia las fórmulas consagradas, se necesita un esfuerzo de entendimiento y de estudio, con que corresponder debidamente á la gracia de Dios que ilumina á sus elegidos; es menester un carácter no común, para vencer las resistencias de los que creen en la eternidad de las formas, porque no alcanzan más que á ellas, y creen que todo se pierde con ellas; es fuerza tener un profundo conocimiento de la integridad intangible de la doctrina, para no menoscabarla en un punto. Pero el prelado uruguayo, al renunciar á su ensueño de soledad monástica acatando la orden del Papa, aceptó la

cruz pectoral á sabiendas de su pesadumbre, y de la dura soledad que ella impone, en muchos casos, al que es obispo en los tiempos modernos.

El estadista debe seguir, desde lo alto, los acontecimientos del mundo; tiene que estudiar mucho el momento histórico de su país con relación al momento universal, á fin de arrebatarse á aquél todo lo que puede dar de sí, y nada más; que todo momento, como todo árbol, tiene su fruto, y es fuerza conocer la época de la madurez, para no desprenderlo en agraz, ni dejarlo podrir en la rama. El niño tira piedras al árbol. El pensador responsable prepara lentamente las causas, y se guarda bien de pedirles otra cosa que sus efectos lógicos y naturales. Esa es la labor del estadista en la organización civil, del obispo en la dirección de su iglesia, de su clero, de sus fieles; y de ello tiene que respon-

der él solo ante Dios. La cooperación de terceros á las grandes resoluciones llega sólo hasta cierto punto, después del cual, el hombre responsable tiene que encontrarse solo. Los genios y los astros de luz propia son los solitarios de la tierra ó de los espacios.

Al contrario de lo que establecen los filósofos modernos, que hacen desaparecer los individuos para sustituirlos por las colectividades, es indudable que la historia de los pueblos ó de las grandes causas no es otra cosa que la biografía de sus grandes hombres.

El arzobispo de Montevideo es, ante todo, un pensador, y eso es lo que lo diferencia y le da superioridad; eso fué, sin duda, lo que vió en él el Pontífice estadista, al arrebatarle el sayal franciscano, é imponerle la mitra del Uruguay.

León XIII, para realizar su grande

obra social, ha tenido que ser también un pensador solitario; en más de un momento, del que han dependido los destinos del mundo, ha tenido él también que librar la lucha de que habla Carlyle, la del que tiene la mirada fija en la esencia de las cosas, contra los que la fijan sólo en las vanas apariencias de las mismas.

Guardadas las proporciones, yo veo una gran analogía entre el carácter y los procedimientos del metropolitano uruguayo con relación á su iglesia, y los de León XIII con respecto á la universal. El arzobispo de Montevideo tiene los ojos fijos en la lámpara que, en la alta alcoba del Vaticano, alumbra las meditaciones del gran pontífice; sigue á éste con la misma enérgica docilidad con que antes seguía á sus obispos diocesanos, y, en viendo aquella luz, siente, y no sin causa, que hay día en su alma de prelado.



Monseñor Soler, el glacial pensador, el obrero impertérito, en pos de Monseñor Yéregui, el santo obispo que cumple con su deber, pero muere, me recuerda, sin duda alguna, á León XIII, el papa de las grandes encíclicas, el estratégico de las fecundas adaptaciones al momento histórico, el de los ojos llenos de luz negra, en pos de Pío IX, el amado pontífice del Syllabus, de la Inmaculada, y de los éxtasis azules de caridad.

« Ya que en el tiempo presente, dice Brunetière, el pensamiento libre no ha inventado, como resumen de sus progresos, otra cosa que hacer laicas las ideas cristianas, ópongámos á esa pretensión una nueva fórmula: hacer católicos todos los progresos del pensamiento y de la civilización. » Eso es precisamente lo que hace León XIII en el mundo; eso lo que, siguiendo al Papa, persigue Monseñor Soler en su patria.

## II

La empresa de la construcción de un santuario nacional en Palestina, de que hemos tomado ocasión para estudiar el carácter de Monseñor Soler, coincide providencialmente en su vida con otra, que fija y determina con singular energía aquel carácter: la erección del arzobispado de Montevideo.

Con examinar en ese hecho al gran prelado, habremos dado el último golpe de cincel á la interesante figura moral que esbozamos, y que, por su vigorosa estructura, se forja más que se modela.

Monseñor Soler, que huía de la mitra cuando era simple sacerdote, deseó, cuando era irrevocablemente obispo de Montevideo, ver transformada su sede episcopal en metropolitana: era uno

de sus proyectos de largos años atrás, que persistía en su espíritu: el proyecto aceptado por Monseñor Vera, y que hubiera entonces tenido ejecución, á no haberse desistido de llevarlo á término por causas supervinientes.

La erección del arzobispado de Montevideo no aumentaba ciertamente la autoridad del obispo único de la República; antes al contrario, se la hacía compartir con aquellos de sus hermanos que fuesen consagrados obispos sufragáneos; tampoco aumentaba en nada sus recursos materiales, pues, lejos de ello, los recursos con que contaba tenían que distribuirse entre las nuevas diócesis, menoscabando el reducido peculio episcopal.

Eso no se ve generalmente, sin embargo. Los que sólo observan las apariencias de las cosas; los que no conocían, por consiguiente, la virtud

del fuerte prelado, ni sus antecedentes; aun los que, conociéndolos, eran hombres de poca fe, como los pescadores de Galilea, podían tomar de ello ocasión para creer que el antiguo romero de Tierra Santa daba al fin cabida en su espíritu de hierro á un pobre sentimiento de vanagloria.

El obispo de Montevideo no era hombre de sacrificar un gran propósito de veinte años al temor de que tal pensasen los espíritus débiles. Él había entrado en la esencia de las cosas: nuevos y fecundos núcleos de difusión del Evangelio y de la civilización cristiana se formarían en la República, con la creación de dos obispados sufragáneos; la nación daría un paso más, el único acaso que le faltaba, para aparecer como nación definitiva, en el sentido de su organización; las nuevas sedes episcopales difundirían la cultura y el espíritu nacional, que ellas



entrañan, por los confines casi abandonados de la patria, y defenderían sus fronteras invadidas por la influencia moral del extranjero. Eso fué lo que él, fijo en la esencia de las cosas, que no en sus accidentes, vió realizable en un momento que él supo propicio, y arrebató con energía á ese momento fugaz todo cuanto pudo serle arrebatado en beneficio de la patria y de la fe. Si él no la hubiera estimulado, largos años hubieran pasado sin que esa magna obra se realizara, como muy largos años pasarían sin que el *Huerto Cerrado* de Salomón recobrara su voz profética, si el genial arzobispo uruguayo no hubiera seguido la inspiración de decirle «levántate y profetiza». Deseó, pues, el palio de lana tejido con el vellón blanco de los corderos de Santa Inés, y tachonado de cruces negras: era el símbolo de la primera jerarquía eclesiástica conquistada al

fin para su patria, el Uruguay, estado soberano y cristiano como los demás, y digno, por ende, de figurar con los primeros en la organización de la Iglesia universal.

Corrió á Roma á recoger para su patria el vellocino sagrado, que él había descubierto; y, cuando lo vió sobre sus hombros, envió á su arquidiócesis desde Roma su primera bendición.

Era un lunes de Pascua, en un hermosísimo día de Roma; en uno de esos días en que la cúpula de San Pedro se sumerge en un cielo azul resplandeciente, como una cabeza gloriosa, ceñida de un casco, en su nimbo espléndido de luz.

Era también un 19 de Abril.

Los que no conozcan esa fecha, no se explicarán mi propósito al escribirla en estas páginas. Los hijos del Uruguay la conocen y la bendicen.

Bendíganla, de hoy más, con un

nuevo título; que no en balde eligió Dios, para colocar sobre los hombros del primer arzobispo de Montevideo el blanco palio de cruces negras, la más hermosa acaso entre las efemérides de gloria de la joven república del Sur.

Cúpome la honra de gestionar en Roma, como Enviado Extraordinario ante la Santa Sede, la erección de la arquidiócesis de Montevideo; tocóme en suerte la satisfacción de recibir, en representación de la patria, la primera bendición del nuevo metropolitano, y de ofrecerle la mitra blanca exigida por el solemne rito del juramento. Tuve entonces también el gran placer estético, que hoy quisiera transmitir, de observar la figura física y moral del insigne prelado, proyectada sobre aquel fondo romano, que, como

los fondos de oro de los mosaicos bizantinos ó de las tablas de van Eyck, exige tono y dibujo muy enérgicos á las figuras, para que no se pierdan en las vivas tonalidades de aquel ambiente.

Nunca he visto destacarse, sin embargo, con mayor vigor y más enérgico carácter la marmórea figura del arzobispo de Montevideo, que he procurado modelar en estas páginas.

En Roma está en su ambiente propio, sin dejar de llevar consigo el espíritu de su joven república americana, que se incorpora en él con honor al mundo cristiano congregado en la ciudad eterna. Él cruza allí, rápido y sereno, la puerta de bronce situada en el fondo de la columnata del Bernini, que abraza la gloriosa plaza de San Pedro; él pisa seguro los amplios peldaños de mármol de la gran escalera presidida por la estatua ecuestre de Constantino, y que conduce á las logias



de Rafael y á las grandes galerías vaticanas; con fría inclinación de cabeza, corresponde al saludo militar de los suizos de uniforme abigarrado y casco de bronce cubierto de crin blanca, y cruza, entre las manifestaciones de veneración de la guardia noble, las silenciosas y semioscuras antesalas del Cardenal Secretario de Estado. Allí, en aquel ambiente en que está el mundo entero . . . . y León XIII con sus pequeños ojos negros, no se pierde ni desentona, ciertamente, la figura del sereno obispo uruguayo; *il cittadino romano* le he oído llamar allí; no sé si porque Roma lo mira con cariño y respeto especiales, ó porque su tipo señorial, y su fría y clásica fisonomía, recuerdan efectivamente aquellos prelados romanos que Rafael inmortalizó en sus telas, para encarnar todo el espíritu de la nobleza medioeval.

Pero, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que, en la mancha de color meridional que forma en mi memoria mi recuerdo de Roma, suena con valentía la nota que representa el prelado del Uruguay; ella se ajusta, como la más castiza, á la vigorosa entonación del cuadro; se funde, como la más noble, en el nobilísimo ambiente de sus vivas tonalidades.

Y como es allí el intérprete genuino de la patria lejana; como ésta se incorpora en su obispo con gran decoro á aquel acorde del color cristiano, y de la línea monumental, yo miro el cuadro en mi memoria con un sentimiento semejante al que debe experimentar el vástago de noble estirpe que, entre sus cuadros de familia, puede mirar el que representa una escena memorable, en la que figura, en primer término, uno de sus antepasados ilustres, haciendo flotar, junto

al pendón real, las heráldicas empresas y los colores de la familia.

El Vaticano, la casa del Papa, es una gran casa solariega: en torno del hogar se agrupa allí la más antigua y la mejor blasonada de las noblezas: la nobleza sagrada. El sayal gris del franciscano ó el hábito de lana blanca del misionero de Oriente cruzan, entre la media luz de las antesalas pontificales, junto á la púrpura de los príncipes de la iglesia, ó las sedas moradas de los prelados que, cargados de merecimientos, llegan de las cuatro partes del mundo.

El viejo mobiliario de aquellos seculares salones; las alfombras desteñidas; los antiguos cortinajes de color marchito; la sala del trono en la que, bajo el dosel escarlata, se ve el sillón dorado vuelto hacia la pared, en ausencia de su augusto dueño; el crucifijo de plata y ébano que adorna al-

guna mesa de sesiones ó alguna vieja consola dorada; los escudos de numerosos pontífices esculpidos sobre las puertas ó en las claves de los arcos, todo imprime á aquel monumental palacio del Vaticano el sello de un antiguo caserón de gran familia señorial. Su oratorio es la basílica de San Pedro, cuya cúpula se ve de todas partes: de las ventanas á que uno se asoma, de los patios que atraviesa, de los balcones, de las galerías; parece que aquella enorme mole de línea perfecta tiene la ubicuidad de una obsesión; que el cielo de Roma es su irradiación azul. En ese oratorio de la casa solar del mundo están sepultados los viejos antepasados, desde Pedro el pescador, desde Saulo el ciudadano romano, desde los santos abuelos que fueron trasladados de los agujeros de las catacumbas al sepulcro de familia. Los recuerdos, herencia de los



antepasados, que adornan aquella casa paterna, son los tesoros de arte más espléndidos que conoce el mundo: los frescos de Rafael y de Miguel Ángel; la pinacoteca vaticana; los museos de escultura egipcia, griega, romana; la biblioteca. Cuando uno se asoma á una de las galerías del tercer piso, y mira hacia afuera, se cree realmente situado en el centro del mundo: á su derecha ve la cúpula, siempre la enorme cúpula, con su cielo en torno; allá abajo, en primer término, las espaldas de las estatuas de piedra, ennegrecida por el tiempo, del frente de la basílica y de los interminables pórticos circulares; allá en el fondo, circundada por éstos, y como la arena de un anfiteatro, la plaza redonda de San Pedro. Y en torno de ésta, las colinas del Lacio que á ella convergen, el cielo azul, la luz del sol que envuelve las cosas, la Roma moderna vestida de blanco, la Roma

pagana desenterrada, cuyo esqueleto asoma aquí y allá: en el Coliseo, en la mole Adriana, en el Foro romano, en las Termas.

En aquella gran casa paterna se encuentran y se reconocen los hijos, troncos á su vez de innumerables familias, dispersos por el mundo: los mayores y los más jóvenes, los ricos herederos de tradiciones y glorias, y los recién incorporados á la familia.

Veó en mi memoria al Cardenal Richard, el octogenario arzobispo de París, que camina agobiado y tembloroso, con la pequeña cabeza blanca casi perdida entre los pliegues rojos de su esclavina; al Cardenal Vaughan, el prelado inglés, de rubia y fría fisonomía de lord de ojos azules y serenos; veó á los superiores ilustres de las comunidades religiosas vestidos de negro ó de blanco ó de gris, que van á calentar sus almas en el hogar. Veó

al anciano arzobispo de Nápoles, que recibe el palio conjuntamente con el joven arzobispo de Montevideo; los veo, después de la solemne ceremonia del juramento, cambiar el abrazo fraternal. Aquellas dos cabezas, blanca y temblorosa la una, rígida y vigorosa la otra, parecen representar dos generaciones separadas por largos siglos.

— Oh, dice el príncipe de la que fué magna Grecia; bien sé quién es el arzobispo de Montevideo, bien lo conozco. ¡Pero estamos tan lejos el uno del otro!

— No, Excelencia, no estamos tan lejos, dice el joven metropolitano. ¡De Nápoles á Montevideo! Es un paso: de puerto á puerto.

Monseñor Soler era, en aquella casa y entre aquellos hombres, el hijo menor que alcanza la mayoría de edad, la iglesia uruguaya recién nacida; pero era como el joven vástago de gran li-

naje, que denuncia en sus actos su noble sangre. Su escudo blanco no ostentaba todavía los resonantes blasones de los primogénitos, los viejos escudos coronados de cascos alados y llenos de seculares empresas; pero bien se veía que la joven república americana comenzaba por donde otros terminan: su prelado tenía todos los rasgos de la familia de los ilustres: la nobleza de la virtud, el sello del espíritu romano. Él era allí el obispo esclarecido, el viajero de Palestina y del Oriente, el escritor erudito, y, más que todo eso, era el prelado escuchado en los consejos del Pontífice, á los que lleva respetuosamente, desde la América española, la observación directa, la idea propia, el pensamiento original, pero inspirado en la intangible unidad, y sometido á la autoridad infalible del Vicario de Cristo.

León XIII lo reconoce entre mil;



lo tiene *in pectore*; habla de él en el Vaticano como de persona de la casa, y sonríe á su recuerdo, con sonrisa de padre contento y hasta envanecido de los merecimientos y de la obediencia del hijo ausente; sabe que puede descansar en él, pues es su espíritu práctico y genial, difundido en la América española, que ya no es tierra de infieles con vicariatos apostólicos. El Cardenal Rampolla, el alto y moreno príncipe de tipo y alma meridionales, franco, cultísimo, penetrante, rápido en percibir el fondo de una indicación embozada, fuerte para desmoronar una dificultad con el golpe de una palabra granítica, virtuoso como un santo y sagaz como un diplomático florentino, el Cardenal Rampolla ha visto hasta el fondo el espíritu de Monseñor Soler, y ha reconocido en él el prelado providencial del Uruguay.

En el Vaticano, Monseñor Soler no

es una cara extraña; la Roma pontifical lo ha visto formarse y crecer á su sombra; desde los príncipes purpurados; desde los monseñores jefes de las innumerables oficinas de la administración pontificia, hasta los viejos y leales servidores de aquella gran casa solar del mundo, todos, al verlo llegar, saludan sonrientes en él al miembro ausente de la familia, siempre esperado, y siempre bienvenido.

Así se explica cómo, en el último Concilio Latino-Americano, es el nuevo arzobispo de Montevideo el designado por León XIII para pronunciar la alocución de apertura de esa memorable asamblea; cómo el Papa lo llama al Vaticano por enviado especial, para oír su dictamen en asuntos extraordinarios del Concilio; cómo es él quien inicia, entre los prelados congregados en Roma, la cuestión relativa al sostenimiento y progresos del

Colegio Pío Latino-Americano; y cómo también es él quien halla y propone la fórmula con que esa cuestión se resuelve con el apoyo de toda la América Latina.

### III

En cuanto Monseñor Soler se vió preconizado arzobispo de Montevideo, corrió, sin pérdida de momento, á Palestina, al Huerto Cerrado; allí trabajó, aprovechando los días, las horas. Tenía que volver á su patria; pero no quería volver sin llevarle, como tributo, las dos grandes obras terminadas.

Así lo hizo: regresó á Montevideo trayendo, con el palio de arzobispo que para su diócesis había anhelado, la cuchara de plata y de marfil con que había sellado con cemento romano la piedra angular del Santuario uruguayo-argentino en Tierra Santa.

No lo ví en Palestina; pero ¿quién no recompone, con los elementos que ofrecen estas páginas, su rígida figura en acción en aquella tierra? ¿Quién no la ve con todo su enérgico color sobre aquel fondo y en aquella obra?

El fanatismo musulmán miró desde el primer momento con ira el proyecto del viajero nazareno; el *jeque* beduino de Orthas, la pequeña población islamita sentada en la colina pedregosa á orillas del huerto profético, vió con rabia la perspectiva de una cruz alzada en alto en la ladera opuesta de su valle, y hostilizó la empresa; un pleito se había iniciado por ciudadanos musulmanes, para impedir que aquel pedazo de tierra pasara á manos de cristianos, invocándose la preferencia que la ley acuerda á los turcos para la adquisición de tierra en Palestina; era necesario, por fin, para emprender la obra, obtener el *firmán*



imperial, el permiso del Sultán de Turquía, y ese permiso no llegaba.

Esas dificultades no fueron parte á turbar la serenidad de Monseñor Soler: las miró de frente, y emprendió la lucha. Activó los trabajos de aplanamiento del terreno, y la terminación del gran muro que lo cierra; dictó las disposiciones necesarias para neutralizar la mala disposición del *jeque* beduino, y del vecindario musulmán; tocó todos los resortes que él sabía eficaces á obtener el firmán imperial que en vano se esperaba. Las fiestas del *Ramadán* y del *Beyrán* se celebraban á la sazón en Constantinopla; era, pues, necesario aguardar á que el Sultán terminase sus abluciones.

Monseñor Soler no sabe esperar en la inacción: dictadas que tuvo sus disposiciones, aprovechó de ese tiempo para incorporarse á una caravana, y atravesar el desierto de Arabia. En

treinta y ocho días lo recorrió, siguiendo las huellas de Moisés, el éxodo del pueblo hebreo, desde Egipto hasta la Tierra de Promisión.

Cuando regresó á Jerusalén por el Mar Muerto, todo estaba vencido: desarmado y adherido á la obra el fanático jeque de Orthas; libre y desmontado el terreno del futuro Santuario; obtenida, al fin, la venia del Sultán.

Abdul-Hammid II, se dirige con ella á Ibrahim Bajá, gobernador de Jerusalén, y le dice:

«Á vos, *Ibrahim Bajá*, Gobernador de Jerusalén, condecorado con la dignidad de Beilerbey de Rumelia y del segundo grado del Orden Imperial de Osmanié y de Mejidié, llegará este nuestro Firmán Imperial:

«Sabad, por tanto, que el patriarca

Armeno-Católico, Saidna Azarián, ha solicitado nuestra autorización imperial, como corresponde, para la construcción de un Santuario en el lugar denominado *Hortus Conclusus* en los *Sebasten Suleymán*, Jardines de Salomón, en las inmediaciones de la población de Orthas, á tres cuartos de distancia de Belén; y así como en respuesta á la información oficial, el Consejo administrativo del Mutasarefato envió la relación correspondiente; y habiendo éste sido sometido al Consejo de Estado; y, conforme al proceso verbal del mismo, constató que el mencionado terreno no está sujeto á ningún destino del Islam, y que nada obsta á la construcción del edificio allí proyectado para uso nazareno, aconsejándonos que es el caso de conceder mi imperial Firmán de autorización, necesario en todo el Imperio de la Sublime Puerta para casos análogos, sin per-

juicio de los derechos del Islam; por esto fué sometido el asunto con su expediente á mi suprema, sublime é imperial sanción. En este estado las cosas, expedí mi imperial Iradé; y, en su consecuencia, mi Imperial Cancillería expidió á su vez el presente sublime Firmán, en favor del Santuario de Hortus Conclusus, Sebasten Suleymán, que se pretende construir en nuestros imperiales dominios para uso de los nazarenos, el cual será respetado por todos nuestros súbditos musulmanes y nazarenos. »

« Por tanto, tú, que eres el mencionado Mutesarif, debes procurar que, en nuestro nombre, y por nuestra autoridad sublime, no se ponga dificultad alguna por ninguno de nuestros súbditos á la construcción de dicho Santuario, con tal que no se excedan las medidas métricas del plano presentado. Y no permitas que se haga cosa al-



guna contra mi sublime autoridad é imperial voluntad.

(Timbre de la Cancillería Imperial.)

«El 13 Scewal 1314. (17 de Marzo de 1897.)

«El Sultán

«ABDUL-HAMMID II.»

Todo fué entonces obra de unas cuantas horas: el arzobispo de Montevideo se dirigió, sin sacudirse el polvo del desierto, solemnemente y con brillante acompañamiento, desde Jerusalén al *Hortus Conclusus*; el jeque de Orthas salió á su encuentro con el vecindario, y puso su firma en el acta de la piedra fundamental.

Y el valiente prelado arrojó la piedra angular del Santuario en Tierra Santa; y la bendijo en nombre del Dios Trino y Uno, y de Jesucristo, el Hijo consubstancial del Padre, el Dios

de Dios, la Luz de Luz, la obra divina del Espíritu Incredo, en María, la Virgen inmaculada de Nazaret. Y en el interior de la piedra, dejó el arzobispo constructor un conmovedor pergamino que dice así:

PARA PERPE † TUA MEMORIA

*«Huerto cerrado y Fuente sellada  
eres, María. (Antíf. de los cánti-  
cos de Salomón.)*

«Para mayor gloria de Dios, y en honor de la Santísima Virgen María, de quien es figura este Paraíso, el día diez y siete de Marzo del año del Señor mil ochocientos noventa y siete, reinando el Sumo Pontífice León XIII, y bajo el gobierno del Patriarca Jerosolimitano, Mons. Luis Piavi, quienes han aplaudido y bendecido la erección del Santuario, fué colocada por el Arzobispo de Montevideo, en la República O. del Uruguay, Mons. Mariano

Soler, la piedra angular del Monumento que los fieles de las Repúblicas Argentina y Uruguay, de la América del Sud, dedican á María del Huerto en este lugar, denominado por Salomón en sus cánticos *Hortus Conclusus*, en árabe *Orthas*, á diez kilómetros de la ciudad de Jerusalén, y en las inmediaciones de Belén.»

«El templo y el edificio que aquí se construyen, se deben á la generosidad piadosa de argentinos y uruguayos, que erigen este Santuario, así en testimonio de su devoción á la Virgen Sma. del Huerto, como de gratitud por los beneficios recibidos de su santo instituto, y para honor y propiciación de ambas Repúblicas Argentina y Uruguay, en esta Tierra Santa, cuna de la redención del mundo, y origen de su civilización.»

¿Cuál era la actitud de Monseñor Soler en el momento de sellar la piedra fecunda que plantó, como una semilla, en el Edén de Salomón?

Los que me hayan seguido en estas páginas lo verán frío, impasible, hie-rático. Su alma está alegre, y llena de luz; pero sus ojos no se encienden en ella: miran el huerto profético, la montaña basáltica, las tristes lejanías de Judea, en que ondulan inmóviles las colinas pedregosas que van á perderse en los azules horizontes del desierto.

Piensa en aquella simiente que ha arrojado en Tierra Santa; la siente germinar; ve levantarse su soñado santuario, sus arcos rebajados, sus portales bizantinos, las banderas azules y blancas que flotarán por vez primera en el aire santo que respiró Cristo, los escudos de dos patrias americanas grabados en las claves graníticas de los arcos.



Es la más hermosa y definitiva consagración de dos naciones hispano-americanas, ante el mundo civilizado por el cristianismo.

Dos piedras de mármol de cuatro metros de longitud irán empotradas en el muro, á ambos lados del gran portal. En una de ellas, se verán grabados, entre laureles, los escudos argentino y uruguayo, y, al pie de éstos, el arzobispo constructor escribió, en español y en francés, esta inscripción para que la lean los viajeros de todos los tiempos, y sí la leerán:

EN HOMENAJE

Á

JESUCRISTO REDENTOR

EN ESTE CLÁSICO HUERTO CERRADO

SÍMBOLO DE LA VIRGEN MADRE

PREFIGURADA EN EL CANTAR DE LOS CANTARES

LOS CATÓLICOS DE LAS REPÚBLICAS

ARGENTINA

Y

ORIENTAL DEL URUGUAY

HAN ERIGIDO ESTE SANTUARIO

DEDICADO Á NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO

Fué esa la primera obra del primer metropolitano del Uruguay.

Inconscientemente se alzó allí su monumento. Ese santuario será el reflejo y el símbolo de piedra de su espíritu marmóreo: la erección del arzobispado de Montevideo, y la del Santuario uruguayo-argentino en Tie-

rra Santa se identifican, como el cuerpo y su sombra, por designio de Dios.

#### IV

Á medida que hemos ido modelando en estas páginas la figura del metropolitano uruguayo, ¿no es verdad que se dijera que hemos ido construyendo un monumento de graníticos sillares?

Éste brota naturalmente en Tierra Santa. Después de estudiado el hombre, ya no nos sorprende la obra: tenía que levantarse, y levantarse sola, sin saberse cómo ni cuándo: es una gran voluntad convertida en piedra.

El Uruguay y la República Argentina se darán cuenta de lo que el arzobispo de Montevideo les ha dado, cuando los peregrinos de todo el mundo que van á Tierra Santa cuenten

en sus libros á sus hermanos cómo han visto flotar dos banderas bicolores, casi desconocidas hasta entonces, sobre los Jardines de Salomón; cómo han hallado, en la vertiente de la montaña de Jerusalén, y en medio á la soledad del desierto de Judea, un espléndido santuario de sillería, en las claves de cuyos arcos bizantinos se ven esculpidos dos escudos, y grabados dos nombres que la Europa no comerciante casi no pronunciaba: el Uruguay, la República Argentina; cómo esos dos pueblos hermanos, que se creían primitivos, ó simples productores de ganados, encerrados en sus fronteras, han sido los primeros en concebir y realizar uno de esos ideales que caracterizan á los pueblos cuyo espíritu resplandece: la idea desinteresada de dar vida al remoto desierto de Palestina, y voz al Huerto profético de Salomón el rey.



Entonces, cuando los peregrinos hablen, el Uruguay y la República Argentina buscarán á Monseñor Soler, el Constructor de Santuarios.

Pero Monseñor Soler habrá pasado acaso; la gratitud llega generalmente tarde hasta los hombres solitarios; suele alcanzar sólo su sombra, que se agranda cuando ellos mueren, como las sombras de las montañas cuando se pone el sol.

Su nombre no estará en el monumento, pues él lo ha construído sólo para que pronuncie y glorifique el nombre de Jesucristo Redentor, y de su Madre Virgen.

Wren, el arquitecto de la catedral de San Pablo en Londres, no construyó tampoco para su propia gloria la gran basílica de la metrópoli inglesa; pero en el frente interior de ésta, yo he leído escrito sencillamente el nombre de Wren en una piedra, y trazada esta inscripción al pie:

## SI MONUMENTUM REQUIRIS CIRCUNSPICE

Si buscas el monumento de este hombre, oh tú que estás en este templo, si buscas el monumento á su memoria, mira en torno tuyo.

Y se ve el templo, su espléndida bóveda cilíndrica, sus poderosas arca-  
das, sus solemnes curvaturas, su cúpula, en fin, rival de la de Miguel Ángel, apoyada en las enormes plenas cimbras de los cuatro arcos torales.

Quien busque monumento, levante la cabeza y el corazón.

---

III

NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO

---

## NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO

### I

El metropolitano del Uruguay ha dedicado el santuario que construye en Palestina, á Nuestra Señora del Huerto. Las hermanas de caridad llamadas Hijas de María del Huerto lo habitarán y custodiarán.

Pero esa advocación de la Virgen; esa congregación que invoca especialmente á la Madre de Cristo con el título de *Hortus Conclusus*, repitiendo por el mundo el versículo del *Cantar de los Cantares*, ¿tiene alguna relación con el Huerto Cerrado de Pa-



lestina en que se está construyendo el santuario?

Quienquiera haya leído las páginas anteriores, lo ve con evidencia. El cántico de Salomón es el espíritu de aquel huerto profético; la Congregación de Nuestra Señora del Huerto, que repite todos los días el cantar hace ya largos años, es, sin duda alguna, ese espíritu difundido por el mundo.

Y sin embargo, la misma Congregación no se daba cuenta exacta de esa coincidencia de su título y de su cántico diario con el huerto de Palestina, hasta que Monseñor Soler, en un momento de inspiración, lo vió todo, como si tuviese una revelación, y agregó una nueva y memorable cifra á las efemérides de aquel instituto.

Es fuerza que conozcamos á éste.

Las hermanas del Huerto fueron las primeras religiosas sin clausura que conocimos en nuestro país. Ellas, con

sus severos hábitos negros y sus tocas blancas que ciñen y redondean las caras, fueron, por mucho tiempo, para nosotros, el tipo de la Hermana de Caridad. Un velo negro ceñido á la frente sobre la toca, deja ver el borde de ésta para formar el blanco marco oval del rostro humilde, y cae en forma triangular sobre la espalda; el viento mueve sus pliegues con gracia; una prolongación redondeada de la misma toca envuelve el pecho y lo viste de blanco; un rosario de gruesas cuentas cuelga de la cintura; un aire peculiar imprime carácter al andar de esas buenas Hermanas del Huerto, y por él se las puede distinguir, como se distinguen las aves de una familia por el vuelo. Son las más antiguas amigas de nuestros dolores: ellas fueron las primeras en recorrer los largos corredores y las dolientes salas blancas de nuestro Hospital de Caridad; ese olor

á ropas constantemente lavadas y á desinfectante, que caracteriza los hospitales, parece compenetrarlas. Sus hábitos negros interrumpían también, de trecho en trecho, las primeras hileras de niñas pensionistas que, vestidas de celeste, y cubiertas las jóvenes cabezas de amplios y desairados sombreros pastoriles, cruzaban de paseo las calles de Montevideo. Á las faldas de las hermanas del Huerto se agarraban los más pequeños de los niños huérfanos, que, de la mano y en largas filas, recorrían la ciudad, despertando en las almas buenas la piedad y la ternura.

En todas las iglesias de esa Congregación se venera una imagen de la Virgen, muy conocida del pueblo, encerrada en un marco oval, y rodeada de largos rayos de oro, sobre los cuales

dos ángeles alados sostienen una corona imperial. Esa es la *Madonna dell'Orto*, Nuestra Señora del Huerto.

Miremos con interés esa imagen.

La Virgen, sentada, ceñida la cabeza con una toca italiana, y vestida de una veste roja y de un manto azul, sostiene en su brazo izquierdo al Niño, mientras con la mano derecha levanta el brazo extendido de éste. La Madre se inclina hacia el Niño dirigiendo la mirada al pueblo; el Niño sonríe rodeando con el izquierdo brazo el cuello de su Madre, y, con un expresivo movimiento, extiende el brazo derecho en ademán de bendecir, incitado á ello por la Virgen, también sonriente, que sostiene el pequeño brazo de Jesús.

Una observación medianamente experta reconoce fácilmente en esa pintura, en su color, en su composición llena de ingenuidad decorativa, una de



las innumerables creaciones del arte italiano de los siglos XV y XVI, que, reflejando el cielo en la tierra, hizo descender á la tela el mundo de los bienaventurados. Era ese arte el intérprete de la piedad de la edad media, iniciada en el puro sentimiento de la naturaleza por el Dante y San Francisco de Asís, en el curso del siglo XIII. El Giotto, el primer pintor de esa época de creaciones superterrestres, precede de cerca al celestial Fra Angélico, cuyas figuras cándidas y entonaciones ingenuas reflejan las transparencias de las almas extáticas en la primera mitad del siglo XV. El genio maravilloso de Leonardo de Vinci preside la eflorescencia sideral de los cielos del arte en los siglos XV y XVI: las escuelas de Florencia, de Siena, de Umbría; el Perugino, el Pinturiccio, Andrea del Sarto, Sebastián del Piombo, el Ticiano, Corregio, y, por fin, sentados en

la cumbre, como soberanos ungidos, Miguel Ángel y Rafael.

El espíritu cristiano, que había creado en arquitectura el estilo oji-val, haciendo brotar en Europa el bosque de catedrales románicas y góticas que levantan al cielo sus ondulantes cresterías de piedra desde el siglo XII, anima el color y la línea de una vida extraordinaria: todas las visiones de la piedad, desde los terrores ascéticos hasta los éxtasis de amor celeste, cobran forma perdurable en el lienzo. Al visitar la Italia, yo he visto con asombro en las iglesias, en los museos, en los conventos, en las casas particulares, en los humilladeros de las vías públicas, esas infinitas creaciones que, á pesar de su inmovilidad decorativa, que algunos han mirado como pagana, representan sólo la explosión de la fe popular de aquella época.

¡Cuánto se hizo entonces por adivinar y dar forma á la visión de la Virgen Madre! ¡Cuánta creación genial en ese arte italiano tendente á sugerir siquiera la idea de su mirada!

El poeta Lafenestre, hablando de sus sensaciones de joven, recuerda la impresión que dejaron en su espíritu esas imágenes del arte medioeval de Italia; los girones de mi alma, dice, han quedado entre los labios pálidos de esas vírgenes de larga mirada:

*Dans les églises d'Italie  
Combien de ses lambeaux épars  
Traînent sur les lèvres pâlies  
Des madones au long regard!*

¡De las vírgenes de larga mirada!

«¡Qué justa y hermosa definición, dice Paul Bourget, de esos ojos que os siguen, en efecto, largamente, en el curso de la vida, desde el fondo de una capilla perdida, y os producen la nostalgia de un corazón como el que

los viejos pintores dejan adivinar tras las pupilas de sus vírgenes: de un corazón capaz de todas las purezas y de todas las ternuras, á pesar de todos los infortunios!»

Esa mirada persiste, al través de los siglos, en las madonas italianas. Contra la impresión de Taine, yo la he visto en los cuadros del renacimiento, y aun en los de la decadencia; yo he visto luz y pureza de Fra Angélico en ojos de Rafael.

## II

Váyase á una iglesia de las Hermanas del Huerto, y mírese la reproducción de la madona del siglo XVI que ellas veneran, Nuestra Señora del Huerto. ¡Qué larga y protectora es realmente su mirada! ¡Cuánta pureza y cuánta ternura de virginidad ma-



ternal hay en su cara, en su triste sonrisa, en su amable movimiento!

Esa imagen es, sin embargo, la obra mediocre de un autor anónimo, y sólo conserva el carácter de su época. Pero es precisamente esa mediocridad, y aun la ausencia de todo mérito artístico, lo que caracteriza las numerosas imágenes que brillan en el mundo compenetradas de cielo espiritual. Parece que el genio del cristianismo, que ha sido el inspirador de los grandes artistas, no ha querido fundir su luz sobrenatural con la natural de las obras de arte, á fin de preservar á los hombres del sensualismo ó la superstición. Las celestiales vírgenes de Murillo; las dulces madoñas de Rafael ó del Perugino; las visiones adolescentes de Fra Angélico no han sido nunca vivificadas por el soplo de lo maravilloso. En cambio el leño groseramente esculpido á veces

por una mano desconocida; la tela tímidamente manchada por una paleta anónima, las vírgenes del Pilar, de Montserrat, de Veruela, de Guadalupe, de Luján, del Huerto, viven la vida misteriosa de lo sobrenatural, y guardan la encantadora tradición de la piedad creadora. Es que el arte no es ni puede ser objeto de nuestro culto, por más que lo sea de nuestra admiración, y acaso porque es causa de nuestro deleite sensitivo. El paganismo griego no fué otra cosa que el culto del arte: la forma perfecta era un dios. El cristianismo nació en Palestina.

La imagen de Nuestra Señora del Huerto fué pintada, hace ahora precisamente cuatro siglos, en 1500, en un muro de la pequeña ciudad de Chiavari, que he visto, al salir de Gé-

nova, en mi último viaje á Italia, recostada en un contrafuerte del Apennino, y envuelta en el aliento azul de una pensativa tarde de verano.

Comenzaba el siglo XVI.

Era la época de la prepotencia en Italia de los señores feudales fortificados en sus guaridas; la de las luchas feroces entre bandos, y partidos, y familias rivales, con sus violencias, sus corrupciones y sus estragos, tales cual los presenta el poeta inglés en su transparente drama de amor. La invasión extranjera, interviniendo con sus hordas en las rencillas interiores, las enconaba para mejor explotarlas, y la Italia era un campo de desolación; aquella madre Italia medieval que, á pesar de todo, irradiaba por el mundo la civilización, como si la luz de su corazón brotara con la sangre de sus heridas.

Una peste desconocida, la terrible

que describe Manzoni en las páginas vivas de *I Promessi Sposi*, derramaba venenos misteriosos en los aires diáfanos, en los aires del cielo italiano, hecho sólo, al parecer, para recibir aliento de flores. El lazareto, el carro de los muertos, las ciudades desiertas, el egoísmo del pavor en fuga, la linterna llevada por el franciscano que recorre la calle llena de sombras en busca de abandonados dolores ya sin voz . . . . tomad todo eso, y lo que eso sugiere, para esbozar el cuadro de la Italia en agonía al comienzo del siglo XVI.

Chiavari, la pequeña ciudad del Apenino, entra de lleno en ese cuadro: la muerte soplaba á lo largo de sus calles estrechas como un huracán.

Una buena mujer, llamada Turchina, logró salvar del flagelo; y, en acción de gracias á Dios, hizo pintar en el muro de un Huerto que comunicaba con el camino público, una ima-



gen de la Virgen, la imagen que hoy, cuatro siglos después, se venera en el mundo entero, y que mañana, por inspiración del primer arzobispo de Montevideo, escuchará, en el Huerto Cerrado de Palestina, la estrofa del cantar de los cantares.

La historia de esa pintura, llena de carácter, es un poema en que un Homero cristiano complementaría al Dante, para encarnar la edad media, la más poética de las edades: es la revelación del cielo á los sencillos, comenzada por los mensajeros alados en la madrugada de Belén.

La peste del año 1500 reaparece en el aire en 1528, y comienza á desolar, con redoblada energía, la Italia. Un grito y un escalofrío de consternación corren, de Norte á Sud, por la península. El pueblo de Chiavari se

agrupa suplicante en torno de la Virgen pintada en la pared del Huerto; las iglesias no pueden contener á las muchedumbres, y los altares para celebrar los divinos misterios, se erigen al aire libre. Á los pies de la Virgen del Huerto se halla el más concurrido; los campos que rodean aquel altar se llenan de desgraciados que ruegan, que esperan, que pasan allí las largas noches de pavor, á la indecisa luz de las estrellas impasibles.

Cesa, por fin, el flagelo; corren los años; el huerto es cerrado por un muro de piedra. En el interior han sido sepultadas las víctimas de la peste, y sobre las tumbas crece la maleza, hija del abandono, la más triste de las soledades, porque no es soledad virgen.

La imagen queda allí olvidada y menospreciada durante un largo siglo, después del cual reaparece, y se en-

ciende de nuevo en las visiones del pueblo, para no apagarse jamás.

Una piadosa hija de Chiavari, Jerónima Turria, estando en cama en 1609, ve flotar ante sus ojos una forma de mujer con su niño en brazos; la forma toma color y consistencia: es una mujer sobrenatural que la mira con ojos de larga mirada. Sus ropas son rojas y azules; una toca blanca rodea su cabeza; el niño extiende el brazo derecho y sonríe. . . . No hay duda: es la virgen pintada en el muro del huerto abandonado, y que Jerónima ha visto muchas veces al ir á la ciudad desde los alrededores en que habita; se ha arrodillado ante ella; le ha rogado con humildad. Es la buena Virgen que reclama contra el olvido secular.

Va Jerónima al huerto; ruega allí á la Señora de su visión, y obtiene la curación instantánea de un hijo que se

halla gravemente enfermo en Roma, y que cura en el mismo momento en que su madre reza por él ante la imagen olvidada.

Un año después, en 1610, Sebastián Descalzo, joven vendedor ambulante, anda en sus quehaceres, y pasa á lo largo de la tapia del huerto; del interior de éste ve surgir una figura esplendorosa que se eleva en el aire. El mozo, aterrorizado, echa á correr como perseguido por el deslumbrante fantasma; pero á cierta distancia se detiene, vuelve sobre sus pasos, y, defendiendo con la mano sus ojos del resplandor, agazapado, sobrecoigido, pero curioso, observa de nuevo el fenómeno: una señora con un niño en brazos, circundada de luz, flota en el aire, sube y baja, se detiene ante la imagen pintada en el muro interior.



El joven trepa sigiloso por la tapia: se descuelga á lo interior del huerto: allí está la Señora, la ve claramente; está suspendida en el aire á poca distancia del suelo; dos luces brillan á su lado; un perfume de unas flores aéreas desconocidas anda por el viento. El mozo reconoce, por fin, á la Señora, como los discípulos de Emaus al Maestro resucitado; oh, la reconoce bien.

Cae entonces de rodillas, y piensa en pedirle algo, pues la ocasión es propicia.

¿Qué pedirá á la Virgen aquel hombre sencillo?

Le pide que lo ayude en sus negocios aquel día; que lo ayude á vender la mercancía que trae de Génova, pues lo necesita mucho para sustentar su pobre familia, que sólo vive de su trabajo.

Ese pedido es la suprema verdad.

La poesía profana tiene de esas ingenuidades en Homero.

¿Era el mozo de Chiavari un alucinado?

¡Qué fecundas son entonces las alucinaciones de la fe sencilla que llenan los siglos!

Aquella era una aparición; la aparición que, interpretada en magnífica estatua, será la titular del santuario uruguayo-argentino en los jardines de Salomón.

La multitud, prestando fe á la inocente relación de Sebastián Descalzo, acude al huerto, reza, canta, cree; las muchedumbres se suceden; el perfume del huerto se difunde en las almas; van á él, en largas caravanas, los pueblos de la Liguria, de la Toscana, de la Lombardía; hasta diez mil personas pasan las noches en la llanura que circunda el huerto misterioso. Y los hechos maravillosos se repiten; se le-

vanta en el Huerto una pequeña capilla; después, en 1633, un gran santuario greco-romano, al que es trasladada la imagen pintada en el viejo muro, la cual, con su larga mirada sonriente, recibe á sus pies á los pequeños y á los grandes, á los soberanos, á los pontífices.

La visión de la pobre mujer y del sencillo buhonero de Chiavari, la pintura mural del huerto, coronada por orden del Pontífice en 1769, se venera hoy, desde hace cuatro siglos, en el mundo entero bajo el título de Nuestra Señora del Huerto.

### III

Un siervo de Dios, Antonio María Gianelli, Cura Párroco de San Juan Bautista de Chiavari, y más tarde Obispo de Bobio, concibe la idea de

fundar, en 1829, una Congregación de Hermanas de Caridad. La funda; la coloca bajo la advocación de su patrona la Virgen tradicional de Chiavari, de la Madona del Huerto, y da á sus hijas, como santo y seña de su banda de caridad, el verso alado del Cantar de Salomón: *Hortus Conclusus, oh Maria, Hortus Conclusus, fons signatus; emissiones tue paradisus.*

Eres Huerto Cerrado, oh María, Huerto Cerrado, fuente sellada; tus perfumes aliento son del Paraíso.

La banda angélica alza un día su vuelo desde las costas de Génova. Como hilera de aves migratorias, con sus sayales uniformes negros y blancos, con sus caras recortadas por la blanca toca, con sus velos triangulares sobre las espaldas, y repitiendo de tiempo en tiempo el unísono cantar, cruzan el océano, y se posan, por fin, en el



seno del dolor americano: el hospital de Montevideo las ve entrar humildes por sus puertas en Septiembre de 1856. Fueron las bienvenidas, y son y serán las predilectas.

Más de cincuenta casas de esa congregación se han establecido desde entonces en las dos repúblicas hermanas del Río de la Plata: hospitales, manicomios, asilos de la vejez ó de la infancia, colegios de niñas, cunas de recién nacidos abandonados.

Son nuestras hermanas, nuestras buenas hermanas; el dolor las aclama, y el dolor es la verdad de la vida.

El primer arzobispo de Montevideo concibe y realiza la idea de construir un santuario en el *Huerto Cerrado* de Palestina. Una congregación religiosa debe custodiarlo y acoger en él á los peregrinos; debe también alabar allí perpetuamente á la Madre Virgen con el canto profético de Salomón.

¿Cuál ha de ser esa Congregación, si no es la que nació con ese canto como nacen los pájaros con el suyo no aprendido? ¿Y cuál, si no es la que primero vivió la vida del Río de la Plata al vivir en sus amarguras?

«¡Designios de la Providencia! dice el arzobispo constructor, al resolverse á entregar el Santuario. Hasta ahora, al través de los siglos, sólo una institución religiosa se ha consagrado á María con el título de María del Huerto.»

«Allí, pues, en el huerto de los cantares, resonará en su honor, y pronunciado por sus hijas, el eco eterno de las alabanzas de Salomón.»

Huerto Cerrado eres, oh María, huerto cerrado, fuente sellada; y tus perfumes aliento son del Paraíso.

---

Indicencia pagina 8

Retrato de Falsimon

pag. 42 y 43

Fuente de su patria pag. 74 y 75

Personaje resistente, paginas 75 y 76-77-78.

El ideal nacional paginas 76 y 77.

Uso de tinta 86.

El orador en artista. paginas 87-88

Se reclama el bronce. paginas 93.

La obra más sólida, paginas 94-

Esclarecido capitán 96.

Autoridad divina 99-100

Penal pag. 124.

"Su melle sangre" pagina 135.

Cofona imperial pag. 161.

Escleramos ungidos pag. 163

# ÍNDICE

---



## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
PROPÓSITO .....	7

### I

#### EN TIERRA SANTA

Tierra de Palestina.....	11
La Virgen Madre .....	23
Salomón el rey.....	35
El Cantar de los Cantares ...	52

### II

#### EL PRIMER ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

Carácter.....	67
Semblanza .....	94
El Prelado .....	114

### III

#### NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO

Nuestra Señora del Huerto.....	157
--------------------------------	-----

BIBLIOTECA



NACIONAL

DONACION MELIAN LAFINUR